UC-NRLF
$B 539 177

BERKELEY
LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA

№
1286

LA VICTORIA DEL NORTE.

LA
VICTORIA DEL NORTE
EN LOS
ESTADOS UNIDOS

POR

El Conde de Montalembert.

UNO DE LOS CUARENTA DE LA ACADEMIA FRANCESA.

Traduccion del Corrreo del Domingo.

BUENOS AIRES

IMPRENTA DEL SIGLO, CALLE VICTORIA 153.

1865

N° 1286

E459
M63

I.

Miéntras que en los últimos dias del debate sobre la respuesta al discurso del trono, un orador por siempre ilustre estasiaba nuestros espíritus y nuestros corazones, defendiendo la mejor de las causas; miéntras que llevado en alas de la justicia y de la verdad se cernia en alturas no acostumbradas y hacia en ellas cernir con él á su auditorio arrebatado, una noticia, feliz y gloriosa entre todas, atravesaba los mares y venia á traer á las almas fielmente amantes de la libertad el estremecimiento de una alegria y de una consolacion mucho tiempo há desconocidas.

El duelo inmenso que ha venido á imprimir al triunfo de los Estados del Norte un carácter fúnebre y sagrado, en nada podria alterar esta alegria. Ella debe sobrevivir á la consternacion, al espanto que ha producido en todo el universo el asesinato del presidente Lincoln, víctima inmolada sobre el altar de la victoria y de la patria, en el

940

seno de una de esas catástrofes soberanamente trájicas que coronan ciertas causas y ciertas existencias de una incomparable majestad, añadiendo la grandeza misteriosa de la espiacion, y de una espiacion no merecida, á las virtudes y á las glorias que la humanidad tiene en mas estima.

Saludemos pues con una satisfaccion pura la victoria feliz que acaba de asegurar á los Estados Unidos el triunfo del Norte sobre el Sud, es decir del poder lejítimo sobre una revuelta inescusable, de la justicia sobre la iniquidad, de la verdad sobre la mentira, de la libertad sobre la esclavitud.

Bien sabido es que no tenemos la habitud de incensar la victoria, de aplaudir á los vencedores. Es la primera vez que esto nos acontece hace mas de treinta años; puede tenerse por cierto que no abusarémos de esta novedad y que no harémos de ella una costumbre. Séanos pues permitido entregarnos hoy sin reserva á una alegria tan rara, aproximando nuestra emocion actual á la de aquellos dias harto pronto pasados en que la Carta de 1814, la manumision de la Grecia, la emancipacion de los católicos ingleses é irlandeses, la conquista de Arjel, la creacion de la Béljica, venian sucesivamente á adornar á la juventud de este siglo, á rejuvenecer á los corazones liberales y á marcar las etapas del verdadero progreso. Hé ahí de nuevo, despues de un intérvalo demasiado largo, una victoria feliz. Hé ahí, una vez al ménos, al mal vencido por el bien, á la fuerza que triunfa en servicio del derecho, y que nos procura el gozo singular y soberano de asistir desde este mundo al triunfo de una buena causa, servida por buenos medios y ganada por hombres de bien.

Agradezcamos pues al Dios de los ejércitos esta gloria y esta dicha. Agradezcámosle esta gran victoria que

acaba de acordar, para eterno consuelo de los amigos de la justicia y de la libertad, para eterna confusion de las diversas categorias de los que esplotan y oprimen á sus semejantes por la servidumbre ó por la corrupcion, por la mentira ó por la avaricia, por la sedicion ó por la tiranía.

Pero ya oigo el murmullo de la sorpresa, del descontento, de la protesta. Aun en el campo católico la causa del Norte ha sido y es impopular. Al ruido de su victoria, el grito vergonzoso: *Tanto peor!* hecho constar por el *Moniteur* en el seno del cuerpo lejislativo [1], se ha escapado quizá de mas de un corazon acostumbrado á latir como el nuestro por las causas que amamos y servimos desde la cuna.

Se nos pregunta: ¿deberémos en verdad regocijarnos y bendecir á Dios por esta victoria? Respondemos sin temor: Sí. Debemos dar gracias á Dios, porque una gran nacion vuelve á levantarse, porque se purifica para siempre de una lepra asquerosa que servia de pretesto y de razon á todos los enemigos de la libertad para maldecirla y difamarla; porque ella justifica en este momento todas las esperanzas que reposaban en ella, porque la necesitábamos, y nos es devuelta arrepentida, triunfante y salvada.

Sí, debemos agradecer á Dios; porque la lepra de la esclavitud ha desaparecido por el hierro de los vencedores de Richmond, estirpada para siempre del único de los grandes pueblos cristianos que con la España estuviese todavia inficionado de ella; porque aquel gran mercado de hombres está cerrado, y no se verá ya mas en el glorioso continente de la América setentrional poner en subasta á una criatura humana, hecha á la imájen de Dios

1 Estracto de la sesion del 16 de abril de 1865

para ser adjudicada y entregada en presa con sus hijos, á la arbitrariedad, al egoismo cruel, al lucro infame, á las viles pasiones de uno de sus semejantes.

Sí, debemos agradecer á Dios; porque al volverse á levantar y al purificarse, la América ha justificado, honrado, glorificado á la Francia y á la política francesa, su verdadera política, la vieja, honrada y animosa política de nuestros mejores tiempos, la que arrojó la flor caballeresca y liberal de la nobleza francesa, tras de los pasos de La Fayette en el campo de Washington; porque, allá al ménos, la jenerosa abnegacion de nuestros padres no habrá conducido como en otras partes á un sangriento y cruel aborto; porque de ahí resulta una corona mas para Luis XVI, para el rey mártir, para aquel que fué tambien la víctima espiatoria de una gran revolucion, víctima tanto mas tocante y santa, cuanto que en lugar de desaparecer como Lincoln en medio de un duelo universal, fué ultrajada antes de ser inmolada, cuanto que esos ultrajes duran todavia, y que á este título ella arrebata nuestra admiracion y nuestra piedad, á una altura mas arriba de la cual no hay sino el Dios crucificado.

Si, debemos agradecer á Dios; porque en esta grande y terrible lucha entre la servidumbre y la libertad, esta ha quedado victoriosa; la libertad que habituada entre nosotros á tantos desencantos, traiciones y confusiones, comprometida y deshonrada por tantos falsos amigos é indignos campeones, tenia gran necesidad de uno de esos grandes triunfos que hacen de golpe brillar para todos su mérito inestimable.

Si, debemos agradecer á Dios; porque segun las relaciones mejores, la victoria ha quedado pura; porque la causa no ha sido empañada por ningun esceso ni manchada por ningun atentado; porque sus defensores no tienen que ruborizarse de sus soldados, ni estos soldados de sus jefes, ni estos jefes de su fortuna; ni la fortuna misma de

haber coronado bajas ambiciones y perversos complots.

Si, por fin, debemos agradecer á Dios, porque los agresores han sido vencidos; porque aquellos que desenvainaron primero la espada, perecieron por la espada, porque la impunidad no ha sido acordada á los provocadores de una revuelta inícua, de una guerra impía; porque esta vez al ménos no ha sido bastante la audacia ni la astucia para burlarse de los hombres de bien; porque los autores del crímen han sido sus víctimas; porque al pasar el Rubicon de la legalidad hallaron en la opuesta ribera la derrota y la muerte; porque habiendo puesto en peligro la fortuna y el porvenir de su pais, con una temeridad de aventurero, y una destreza de conspirador, el *alea-jacta est* no les ha aprovechado, y que en ese juego impío y sangriento han fracasado. Jugaron y perdieron: la justicia está hecha.

II.

Continuemos é insistamos. No nos dejemos aturdir por el desconcierto momentáneo de los adversarios de la causa americana y de la nuestra. No los creamos difinitivamente convertidos ó ilustrados. A medida que la deslumbrante luz que ha proyectado repentinamente sobre la Europa la toma de Richmond, seguida de la muerte trájica de Lincoln vàya decreciendo; á medida que las nubes inseparables de toda victoria y toda causa humana aparezcan en el horizonte, oirémos de nuevo las invectivas, las diatribas de que los Estados Unidos en jeneral, de que los Estados del Norte en particular han sido objeto. La burla y la calumnia recomenzarán para reanimar la malevolencia de la opinion que hemos visto tan hábil, tan sabiamente alimentada dentro y fuera. Esa alegria perversa, tantas veces exhalada por los enemigos de la libertad, desde que pudo creerse en la caida de la gran república, reaparecerá bulliciosa y potente, á la primera dificultad, á la primera falta de nuestros amigos de ultramar.

Hoy todo el mundo niega el querer ó el haber jamás querido el mantenimiento de la esclavitud, pero los argumentos y los intereses favorables á la esclavitud no han cesado de conservar su imperio.

No ha sido una enseñanza mediocre el ver cómo, desde los primeros dias en que estalló el conflicto entre el Norte y el Sud, se obró la separacion de las opiniones. Yo no digo, no lo permita Dios, que todos los amigos del Sud sean enemigos de la justicia y de la libertad; ménos digo aún que todos los partidarios del Norte deban ser tomados por verdaderos y sinceros liberales. Pero sí digo que un instinto, involuntario quizás, omnipotente é invencible, ha afiliado inmediatamente del lado de los esclavócratas, á todos los partidarios confesados ó secretos del fanatismo y del absolutismo en Europa; digo que todos los enemigos patentes ó secretos, políticos ó teolójicos de la libertad, han estado por el Sud.

Inútil y pueril seria el negar que los Estados Unidos cuentan cierto número de adversarios entre los católicos y esto no obstante los progresos tan prodijiosos y consoladores del catolicismo en aquella república, progresos como no se vieron en ninguna otra parte desde los primeros siglos de la iglesia.[1]

Me guardaré bien de profundizar las causas de esa impopularidad de la América en jeneral y de los abolicionistas en particular. Ese exámen me llevaria demasiado léjos. Me limitaré á observar que los hombres de mi edad siempre han hallado en su camino una opinion falsamente relijiosa y ciegamente conservadora;—fué la que estuvo en 1821 por la Turquía contra la Grecia; en

1 En 1774, en todas las colonias inglesas de que salieron los Estados Unidos solo se contaban 19 sacerdotes. El primer obispo apareció allí en 1790.

En 1839, la Iglesia contaba en los Estados Unidos 1 provincia, 16 diócesis, 18 obispos, 478 sacerdotes, 418 iglesias.

En 1849, 3 provincias, 30 diócesis, 36 obispos, 1000 sacerdotes, 966 iglesias.

En 1859, 7 provincias, 43 diócesis, 2 vicariatos, 45 obispos, 2108 sacerdotes, 2334 iglesias.

1830 por la Holanda contra la Béljica; en 1831 por la Rusia contra la Polonia: la misma que hoy está por los esclavócratas del Sud, contra los abolicionistas del Norte.

Los acontecimientos en primer lugar, luego las simpatias de la masa del clero y de los católicos ilustrados por los acontecimientos, dieron á esa tendencia crueles desmentidos y humillantes retractaciones sobre la cuestion oriental, la cuestion belga y la cuestion polaca. Estoy convencido de que lo mismo ha de suceder un dia ú otro respecto de la cuestion americana.

Pero si es penoso llegar á menudo tan tarde en socorro de la justicia y de la verdad; si á escepcion del sábio y elocuente doctor Brownson, no descubrimos entre los católicos de los Estados Unidos ningun campeon de la emancipacion de los negros, teníamos al ménos en parte el pequeño consuelo de poder hacer notar que de sus filas no ha salido ninguna defensa de la esclavitud. Me repugna reconocer el carácter sacerdotal en el autor de un escrito reciente y anónimo con el título: *De la esclavitud de los Estados Unidos, por un Misionero.*

Si el autor de este libro vergonzoso fuera verdaderamente sacerdote y si le hubiera bastado, como lo afirma, el vivir entre los plantadores americanos durante veinticuatro años, para sostener altamente la utilidad y la lejitimidad de la esclavitud de los negros, para ver tambien en su servidumbre la única barrera posible á su libertinaje, el hecho solo de semejante perversion del sentido moral y de la conciencia sacerdotal, constituirian el mas cruel argumento contra el réjimen social y relijioso de los paises con esclavos.

Pero fuera de la cuestion de la esclavitud, y aun ántes que esa misma cuestion hubiera ocupado los espíritus, reinaba en gran número de católicos una aversion instin-

tiva contra la América, cuyo oríjen conviene quizas remontar al conde de Maistre.

Sabido es que su influencia en las grandes como en las menores cuestiones, fué incontestablemente la mas poderosa de todas las que sufrieron los católicos del siglo diez y nueve.

Este grande hombre, como muchos de sus semejantes, debe aun mas su renombre á sus exajeraciones que á su talento. Sus paradojas tuvieron mas éxito y sobre todo mas éco que el jénio y el buen sentido de que ha dejado en la mayor parte de sus obras imborrables rastros.

Muy poco se conoce todavia la ternura esquisita de su alma atrayente y mucho ménos aun la altiva independencia, el espíritu á la vez que caballesco liberal, la política luminosa y á menudo muy avanzada, que revelan en él sus diversas correspondencias recientemente publicadas.

Pero él no amaba á los Estados Unidos: su oríjen y su progreso contrariaban algunas de sus mas queridas teorías. Cometió el error de trasformar sus repugnancias en profecías. Sabido es cuál fué la suerte de la que habia formulado sobre la capital de los Estados Unidos: "O esta ciudad no subsistirá, ó se llamará con otro nombre que el de Washington." Mas sensato era cuando se limitaba á espresar la impaciencia que le inspiraban los exajerados admiradores del pueblo americano. *Dejad*, decia, *dejad crecer á ese niño en mantillas.*

Pues bien! podemos decir á nuestro turno, el niño ha crecido; se ha hecho hombre, y el hombre es un jigante.

Ese pueblo desdeñado, befado y calumniado ha mostrado en la crísis mas formidable que una nacion puede atravesar, una enerjía, una abnegacion, una intelijencia, un heroismo, que han confundido á sus adversarios y sorprendido á sus amigos mas ardorosos. Hoy sube al

primer rango entre los grandes pueblos de la tierra.

Muerto M. de Maistre, y en presencia de la grandeza creciente de los Estados Unidos, buscábanse otros argumentos para desacreditarlos. Se nos decia:—No nos hableis de vuestra América con su esclavitud! Pues bien, hé ahi á nuestra América sin esclavos. Hablemos pues de ella, aun cuando muchos quisieran sin duda no hablar de ella nunca.

Se nos decia sobre todo: El pueblo americano no sabrá hacer la guerra, y, si la hace, victorioso ó vencido, caerá en presa á un jeneral feliz, á un Bonaparte cualquiera que empezará por la dictadura y acabará por el despotismo; á quien sus conciudadanos suplicarán que los salve, y que en cambio de este bien, les pedirá lo que piden todos los Césares—el honor y la libertad.

Bien pues: la esperiencia está hecha, al menos en este punto, y nunca profecía alguna recibió mas sangriento desmentido.

Los americanos han sabido hacer la guerra; la han hecho con una enerjía, un empuje y una perseverancia incontestables; no han sido la presa de ningun jeneral, de ningun dictador, de ningun César.

Han hecho la guerra, y la guerra mas terrible de todas, la guerra civil. La han hecho desplegando en ella todas las calidades, todas las virtudes que constituyen las grandes naciones militares.

Ninguna nacion moderna, ni aun la Francia revolucionaria con sus catorce ejércitos, levantó y lanzó sobre el enemigo fuerzas proporcionalmente tan numerosas, tan disciplinadas, tan bien equipadas, tan sólidas en el combate.

Aquellos mercaderes abandonaron á las exijencias de la guerra su fortuna, con tanta prodigalidad como los *mercachifles* ingleses en su lucha contra Napoleon, y sus

hijos, con tan heróica abnegacion como la Francia en 1792 en su lucha contra la Europa.

Miéntras que ridículos detractores denunciaban á la Europa á esos pretendidos *mercenarios*, arrojándoles el mismo estigma que á nuestros jóvenes y valientes compatriotas de Castel-Fidardo, mas de un millon de voluntarios tomaban las armas, de un lado, para la defensa de la Union y de las instituciones americanas; del otro, para el mantenimiento de su independencia, y de sus franquicias locales[1]; y de ese millon de hombres armados, ni uno solo, gracias al cielo, se ha hecho ni el verdugo de sus hermanos, ni el satélite de un dictador.

Esas fuerzas han sido mandadas por jenerales improvisados, muchos de los cuales se han mostrado dignos de marchar por el sendero de los mas célebres de entre nuestros jenerales republicanos; por hombres que no solamente han sido maestros en táctica y en estratejia, sinó héroes en el valor y la moderacion, grandes políticos y grandes ciudadanos.

Grant y Lee, Burnside y Sherman, Mac Clellan y Beauregard, Sheridan y Stonewall Jackson, han escrito sus nombres en el gran libro de la historia.

De propósito nombro á los primeros entre los jefes de ámbos ejércitos enemigos; porque, lo reconozco con placer, es al pueblo americano todo entero á quien se debe bajo este respecto al ménos, el homenaje de nuestra admiracion. Ámbos partidos, los dos campos han mostra-

1 El informe del ministro de la guerra en diciembre de 1862, establecia ya la presencia de ochocientos mil hombres en los ejércitos federales, diez y nueve partes de los cuales eran enrolados voluntarios. Desde entónces la proporcion ha cambiado, y la conscripcion fué llamada, como en Francia, á llenar los claros hechos por una guerra de las mas sangrientas. Estas cifras dejan fuera al ejército confederado, inferior en número, pero siempre igual en valor y en disciplina al ejército federal.

do el mismo valor, la misma indomable tenacidad, la misma intrépida resolucion, la misma abnegacion incontrastable, el mismo espíritu.

Todas nuestras simpatías son por el Norte, pero ello no quita nada á la admiracion que nos inspira el Sud. Aunque desplegado en servicio de la injusticia y el error, no por eso es ménos su heroismo. Parece tambien cierto que los Sudistas mostraron mas mérito militar, mas enerjía y talento, mas empuje y brillo que sus enemigos, sobre todo en los primeros tiempos de la lucha.

¡Cómo no admirarlos, deplorando al mismo tiempo que tan elevadas y raras calidades no hayan sido consagradas á una causa irreprochable!

¡Qué hombres y sobre todo qué mujeres! Hijas, esposas, madres, aquellas americanas del Sud, han hecho revivir en pleno siglo diez y nueve el patriotismo, la dedicacion, la abnegacion de las romanas del mas bello tiempo de la república. Las Clelia, las Cornelia, las Porcia han encontrado sus rivales en mas de una villa, en mas de una plantacion de la Luisiana y de la Virjinia.

Hemos visto hasta entre nosotros á niñas débiles, á mujeres modestas separadas de los suyos, despojadas de su fortuna, pero altivas con su pobreza, resignadas á la miseria, á la ruina, al destierro, dichosas con ofrecer así su sacrificio á la causa nacional, rechazando con indignacion la menor idea de una transacion, de una concesion, llevando en su mirada inflamada la señal incontestable de la determinacion que forma las razas viriles.

Semejantes heroinas hacian comprender, mejor que todos los discursos, de qué soldados debian ser compuestos los ejércitos de la confederacion y qué prodijios de resolucion y de perseverancia no serian necesarios para llegar á superarlos.

Esos prodijios han sido hechos, pero á precio de esfuer-

zos y de sacrificios que establecen la tenaz bravura y la asombrosa consistencia de los soldados del Sud. Ha sido necesario cuatro años de esfuerzos y setecientos mil hombres para triunfar en Richmond, la capital del Sud. Ninguna fortaleza, ni el mismo Sebastopol, ha costado tantos esfuerzos, y en cuanto á las capitales europeas, no hay para qué hablar. Sabido es como caen: Berlin, Viena, Madrid, Paris pueden atestiguarlo.

La guerra habia empezado mal para el Norte. Esa súbita erupcion habia levantado toda la escoria del estado social á la superficie y la habia exhibido á todas las miradas. La corrupcion, la traicion se ejercitaron cínicamente; pero muy luego fueron denunciadas, contenidas, domadas y hundidas en la nada; vencidas mucho ántes que el enemigo cuyos mejores auxiliares eran, desaparecieron luego. Como sucede á menudo á las buenas causas, á las causas que Dios bendice: la prueba fué provechosa á los americanos. Los ha depurado, advertido, correjido.

Así pues, aquella república á la cual se creia absorbida en el negocio y en la labranza, enervada por el lucro y el bienestar, incapaz de los esfuerzos y sacrificios que impone la guerra, aquella república se ha mostrado ya émula y rival, en los campos de batalla, de la república romana y de las repúblicas griegas. Como estas, ya habrá tenido sus dos guerras heróicas, su guerra de los Medos y su guerra del Peloponeso.

La guerra de 1779 á 1782 que creó su nacionalidad, y la guerra de 1861 á 1865 que destruyó la esclavitud, han grabado su nombre por siempre en los fastos de la gloria militar. ¡Pueda bastarle esto; pueda quedarse ahí en esa sangrienta y peligrosa senda!

Pero esas virtudes militares, por raras y heróicas que sean, parecen vanas é insignificantes al lado de las vir-

tudes cívicas de que la raza americana se ha mostrado dotada durante todo el curso de esa guerra formidable.

Ninguna libertad suprimida, ninguna ley violada, ninguna voz ahogada, ninguna garantia abdicada, ninguna dictadura implorada—hé ahí la verdadera maravilla y la suprema victoria.

Oíd y ved, pueblos de Europa, pueblos desatinados desde que un peligro interior os amenaza; pueblos heróicos, tambien vosotros, en los campos de batalla, pero intimidados y desmoralizados por todo peligro cívil; pueblos serviles, á quienes no basta la dictadura ni para tranquilizaros, ni para consolaros, y que no os sentis á gusto ni al abrigo sinó en la abdicacion!

¡Ay! ¿donde está la nacion europea que hubiera soportado con esa calma y esa resolucion la prueba formidable de la guerra cívil y de la fiebre militar?

No tenia por cierto la Francia, nuestra cara patria, ella á quien la sola aprension de esosmales ha reducido á tan estraños estremos, ella que no pudo soportar tres dias de tempestad y tres años de incertidumbre, sin hacer trizas todas las ideas, todas las instituciones, todas las garantias que con frecuencia habia proclamado, reclamado ó aclamado con pasion desenfrenada.

¡Imajínese pues á la Francia presa durante cuatro meses solamente de una guerra intestina como la que hace cuatro años ha devastado á los Estados Unidos!

¡Imajínese á nuestras ciudades bombardeadas, nuestras rutas removidas, nuestros campos devastados, nuestros castillos saqueados, nuestras comarcas incendiadas ó arrasadas por una irritada soldadesca, nuestros rios y canales interceptados, nuestros caminos de hierro demolidos, nuestros rieles arrancados, nuestro comercio suspendido, nuestra industria desolada, todos nuestros negocios anulados y comprometidos todos nuestros inte-

reses; —y todo eso por una cuestion de derecho constitucional ó de humanidad relijiosa!

Sí, imajinese á la Francia actual sometida á un réjimen semejante. Confesémoslo con franqueza; no habria habido violencia,no habria habido estremo que no hubiera parecido lejítimo para hacerlo cesar. No habria habido *caporal*, ni charlatan bastante desacreditado para no ser mirado como un Mesías, con la única condicion de poner término á la lucha, de hacer reinar el órden y la paz á toda costa.

Bajo todos los reinados que se han sucedido entre nosotros, los crímenes políticos sirvieron siempre de motivo ó de pretesto para trastornar la lejislacion. Despues del atentado de Louvel, de Fieschi y de Orsini, fueron inmediatamente reclamadas ó decretadas leyes de escepcion, de agravacion de penas, de cambio de jurisdiccion, medidas llamadas de seguridad jeneral.

Si mañana el brazo de un rejicida cortase por medio de un cobarde asesinato la vida del soberano que el pais se ha dado, la mitad de la Francia pediria al momento que la otra mitad fuese encarcelada.

La democracia americana no siente ese pánico ni esos furores. Un malvado hace de un golpe desaparecer en medio de una fiesta al jefe del Estado, al hombre que atraia todas las miradas, que dominaba todos los corazones, que tranquilizaba todas las inquietudes. Pero ni la consternacion, ni la indignacion hacen perder la cabeza á aquel pueblo verdaderamente grande.

Al otro dia del crímen como en la víspera, permanece dueño de sí mismo y de su destino; ni una ley es desconocida ó alterada, ni un diario suspendido, ninguna medida violenta ó escepcional viene á perturbar lo marcha regular y natural de la sociedad. Todo continúa en el órden acostumbrado.

La América reposada y segura de sí misma en medio de su punzante dolor, podrá mostrar tan noble espectáculo con una lejítima altivez á esos diarios oficiosos de de Paris, panejiristas titulados de todas las represiones y de todas las usurpaciones que se atreven á predicarle moderacion.[1]

El pueblo americano no ha pensado pues en recurrir al suicidio para librarse de las angustias del miedo y de la incertidumbre. No ha imitado á aquellos enfermos desesperados que prefieren la muerte inmediata á la prolongacion de sus padecimientos. Léjos de parecerse á aquellos insensatos de que habla san Agustin, que recelando perder los bienes terrenales olvidan los bienes del

1 Lo que precede estaba escrito cuando llegó á Europa la noticia de la prima ofrecida por el arresto de Jefferson Davis y de las provocaciones detestables á la venganza y á los suplicios que manchan á una parte de la prensa americana. Si tales provocaciones tienen efecto, tendrémos un nuevo desencanto, un nuevo dolor que inscribir en los anales de la humanidad moderna, al lado de los crímenes y locuras de la rovolucion francesa. Desde ahora participamos del horror que tales escesos inspiran á todas las jentes honradas. Pero si como queremos todavia esperarlo, esas violencias de lenguaje, inescusables aun despues de un atentado tan monstruoso como el asesinato de Lincoln, no conducen á ningun acto de inhumanidad, nos será permitido ver en eso una nueva prueba de la fuerza moral del espíritu público en América, que tendrá que resistir á tan detestables escitaciones.

En cuanto á haber puesto á precio á los cómplices presuntos del asesinato, preciso es recordar, al paso que se repruebe ese vestijio de una lejislacion bárbara, que esa es una forma de procedimiento proveniente de la ausencia de todo ministerio público, de toda jendarmeria en los paises habitados por la raza anglo-sajona; ella es empleada todos los dias en Inglaterra, y lo ha sido muy recientemente con ocasion de un asesinato perpetrado en un ferro-carril en las cercanías de Lóndres, y cuyo autor se refujió en América. Hay que notar tambien que solo se trata del *arresto* del culpable y en manera ninguna de su proscripcion. Se ofrece una suma al que proporcione el arresto y no al que traiga una cabeza, como se supondría segun ciertas traducciones.

cielo, y lo pierden todo á la vez[1], los americanos han guardado ante todo los bienes superiores, el honor y la libertad: á ningun precio han querido sacrificarlos al resto; y el resto les ha sido vuelto con creces. Ellos nada han perdido, todo lo han salvado. Ademas, han dado al mundo el glorioso y consolador ejemplo de un pueblo que se salva sin dictadura y sin proscripcion, sin César y sin Mesías, sin hacerse infiel á su historia misma.

La estátua de la Libertad, para emplear el vocabulario terrorista, no fué velada nunca. El estado de sitio permaneció desconocido en todas las ciudades que no estuvieron sitiadas ó inmediatamente amenazadas por el enemigo. Salvo que todos nuestros datos sean puestos en duda, preciso es reconocer que el órden legal ha sido en todas partes mantenido y respetado. Todos los diarios han seguido publicándose sin restriccion ni censura alguna. Mas todavia: los corresponsales notoriamente conocidos de los diarios estranjeros mas hostiles á la causa del Norte han podido continuar escribiendo y enviando sus cartas con direccion á Europa, sin correr ningun peligro ni encontrar traba ninguna. Fuera de las localidades donde se proseguian las operaciones militares, la libertad individual no ha sufrido ninguna restriccion: la libertad de asociacion no ha suscitado ninguna desconfianza, ninguna clase, ninguna categoría de ciudadanos ha sido declarada sospechosa ó puesta fuera de la ley.

Las violencias de la multitud, brutales y terribles en toda democracia, han debido ciertamente producir escenas repugnantes, actos de opresion aislados; pero, ¿quién querría confundir esas aberraciones siempre temporarias, aunque justamente odiosas, con los crímenes cuya inicia-

1 Temporalia perdere timuerunt, et vitam æternam nom cogitaverunt, et sic utrumque amiserunt.

tiva y responsabilidad tomaron en otras partes los poderes regulares, las asambleas lejislativas?

Si hubo libertades suspendidas en ciertas localidades por los jefes militares, ellas fueron inmediatamente restablecidas por los superiores civiles, y en todas partes los jenerales mostraron la mas ejemplar sumision á los majistrados. Por todas partes oyeron con respeto la voz de la autoridad civil y obedecieron con docilidad las leyes. No se cita de su parte un ejemplo de jactancia ó de insubordinacion: victoriosos ó vencidos, durante esa lucha larga y cruel, nadie derogó esa ley fundamental de un pais libre y ordenado; nadie mostró el menor síntoma de querer realizar las predicciones de los falsos profetas.

"Vamos á ver qué hará ahora Wellington," decía Napoleon despues de su arribo á Santa Helena. Ese gran despreciador de la conciencia humana no comprendía que fuera posible estar contento viviendo como hombre de bien y de simple par de Inglaterra, fiel á las leyes de su país, despues de haber ganado la batalla de Warteloo.

"Vamos á ver qué harán Grant y los demas jenerales victoriosos," dicen ahora en voz baja los detractores de la América y de sus instituciones.

El glorioso vencedor de Richmond ya les ha contestado. Colocado á la cabeza del principal ejército federal hace siete meses, y ya investido de una popularidad temible, Grant rehusó dejarse erijir en competidor de Lincoln, en ocasion de la última eleccion presidencial: rehusó la posibilidad de ser jefe de la república en reemplazo del "rajador de leña" que le habia confiado la espada de la patria para salvarla, como la salvó en efecto.

Pero lo que conmueve, lo que consuela, lo que entusiasma, es que hasta el presente esa victoria ha quedado pura, tan pura cuanto lejítima. Admitamos, como es

necesario en verdad, que de una y otra parte haya habido en el enceguecimiento de los combates, escesos y ultrajes profundamente deplorables, que todavia parece autorizar entre las naciones mas civilizadas el derecho de la guerra. Admitamos que ciertas brutalidades de soldadesca aunque provocadas hayan con justicia sorprendido y sublevado la altiva independencia de los hombres y sobre todo de las mujeres del Sud. Admitamos de parte de la jente del Norte ciertos actos de devastacion ó de represalias que reprobamos, colocándolos á la vez muy abajo de la ferocidad de los sudistas contra los prisioneros negros del ejército federal; no por eso queda ménos demostrado que nunca, en época ninguna de la historia, se ha visto una gran lucha política, que nunca ha sido ganada una gran causa política que costase tan poco á la justicia, á la humanidad, á la conciencia humana. No, nunca una gran guerra ha sido hecha con mas humanidad.

Tomemos por ejemplo las guerras de relijion y las de la revolucion entre nosotros. Allá tambien, como en la América de nuestros dias, se trataba de reducir por la fuerza á una parte del pais insurrecto en el siglo XVI, contra el órden antíguo; en el siglo XIX contra el órden nuevo.

¡Cuántos horrores, cuántas amenazas, cuántos suplicios durante esos años nefastos y cuyas consecuencias pesan dodavia sobre nuestra vida nacional!

Comparemos sobre todo las medidas decretadas por la Convencion, y los horrores cometidos por los jenerales terroritas de la Vendea; comparemos los atentados cometidos ayer todavía por el emperador de Rusia y sus ajentes contra la Polonia espirante, con las leyes y los actos del gobierno americano contra los separatistas. Nada mas análogo que la situacion; nada mas diferente,

gracias al cielo, que la represion. ¡Qué contraste lamentable y glorioso á la vez!

Allá, en la Vendea, en Polonia y (añadámosla á propósito de los detractores ingleses de sus hermanos de ultramar) en la Irlanda insurrecta en 1798, todo cuanto la imajinacion diabólica de los tiranos y de los verdugos pudo inventar en suplicios, en ultrajes, en atentados contra la vida, el pudor, la conciencia y la piedad humana! Aquí, en la América contemporánea, ni un crímen, es decir un crímen público, confesado, oficial, de que se pueda hacer responsable á la nacion, ni un prisionero asesinado, ni un cadalso político.

Nada, absolutamente nada semejante á los actos de los terroritas ó de los moscovitas.

Ni deportaciones, ni torturas, ni ejecuciones militares, ni fusilamientos, ni ahogamientos, ni ametrallamientos.

La libertad, la civilizacion, la democracia no tienen que avergonzarse de nada.

Aquellos republicanos de ultramar no han adoptado ni aplicado la odiosa máxima que justifica el fin por los medios. En esto han cavado un abismo no solamente entre ellos y tantos monarcas ó monarquistas; sinó entre ellos y tantos republicanos, autores, cómplices ó panejiristas de los escesos que deshonraron la revolucion francesa en su lucha contra una insurreccion santa y lejítima como no lo era la del Sud.

Sobre todo, en el tratamiento de los prisioneros y de los heridos es que se manifiestan los progresos de la verdadera humanidad y de la civilizacion cristiana.

En ninguna parte esos progresos han sido mas notables que entre los americanos durante la última guerra. Los prisioneros que las naciones europeas, émulas de los paganos y de los bárbaros, se creen autorizadas á degollar, á fusilar, así que se trata de una guerra civil, como

lo hicieron no tan solamente los terroristas en la Vendea, os moscovitas en Polonia, sinó tambien en nuestros dias y durante tan largo tiempo los españoles cristinos y carlistas; los prisioneros de la guerra civil en América, son tratados con los miramientos atestiguados desde largo tiempo por las naciones cristianas al valor desgraciado.

Ninguno ha sido sériamente maltratado; ninguno sobre todo ha tenido en riesgo la vida, y los verémos, ya los vemos reaparecer y volver á tomar libremente su puesto social en su patria vencida pero nó sujuzgada.

¿Qué hay de mas hermoso que la correspondencia publicada por todos los diarios, entre Grant y Lee, entre los dos grandes jefes de los dos ejércitos, en el momento de la capitulacion de los confederados del 7 al 9 de abril? ¡Qué respeto mútuo, qué miramientos, qué delicadeza en la espresion, qué escrupuloso cuidado de las leyes del honor, al mismo tiempo que de las leyes de la humanidad! Pero sobre todo qué mezcla feliz de dignidad y buenos modos. Diríase que es la reproduccion despues de ganada la batalla, del famoso encuentro de los guardias franceses é ingleses en Fontenoy, si no fuera cierto sentimiento mas grave, que responde á la gravedad de los intereses comprometidos en la lucha, y á la conviccion moral y espontánea de todos esos hombres valerosos, voluntariamente empeñados en el conflicto de que todos se sienten responsables ante Dios y ante su conciencia.

Respecto al cuidado de los heridos, al progreso inmenso de la humanidad en ese órden, es necesario leer el libro que acaba de publicar en Paris mismo un americano muy conocido y estimado de muchos franceses.

Bajo un titulo modesto[1] ese volúmen oculta tesoros de

1 *La comision sanitaria de los Estados Unidos, su oríjin, su organizacion y sus resultados, con una noticia sobre los hospitales militares de los Estados*

consuelo y admiracion. No existe quizas obra ninguna en el mundo que dé cuenta mejor de las maravillas que puede realizar la iniciativa unida á la disciplina; ninguna que mejor enseñe lo que puede hacer una nacion virilmente inspirada por la relijion y la libertad, sériamente educada en la escuela del esfuerzo espontáneo y de la confianza en sí misma.

Al lado de la lucha perpétua de la abnegacion individual contra la rutina burocrática, hállanse allí admirables y enteramente nuevas invenciones de la industria humana y de la jenerosidad cristiana para aliviar sufrimientos heróicos. Sesenta millones de francos colectados por comisionados voluntarios, otros tantos millones de objetos en especie preparados ó colectados por las mujeres americanas; todos esos recursos puestos en accion con tan buen sentido como persistencia de espíritu, por un ejército de médicos, de lejistas, de ministros de la relijion, de negociantes, de estudiantes, todos presurosos por prodigar su tiempo, su consagracion, su intelijencia en servicio de sus semejantes; todos distribuyendo indistintamente esos beneficios á los amigos y á los enemigos postrados y juntos en las mismas ambulancias, en el mismo lecho de dolor.—Hé ahí por cierto un cuadro que hace honor á la raza humana, y sobre todo á la raza americana; pero tambien un espectáculo que llena el corazon de las emociones mas dulces y puras. Bendigamos á Dios por ese progreso incontestable, por esas angustias evitadas, por esas lágrimas enjugadas, por todas esas miserias aliviadas á impulso de una inspiracion que debe ser seguramente permitido remontar hasta él.[1]

Unidos y sobre la reforma sanitaria en los ejércitos europeos, por Thomas W. Evans—1865.

1 El doctor Evans, aunque consagrado á la causa del Norte, hace ple-

A vista de esta reunion de las virtudes militares y civiles en el seno de una misma nacion, ¿no teníamos razon de afirmar que el pueblo de los Estados Unidos ha ganado el derecho de ser colocado en el primer rango entre los pueblos modernos? Esta grandeza será todavia por largo tiempo negada y detestada; pero cada dia ella deberá ser mas cara para los corazones jenerosos, para los corazones verdaderamente cristianos, por haber sido definitivamente fundada en el acto mas grande de la historia contemporánea, en la abolicion de la esclavitud entre los cristianos.

Sí, como lo ha dicho en la cámara un hombre honrado cuyo corazon y cuyo talento saben conquistar la simpatía de los mismos que no participan de todas sus opiniones: la victoria del Norte, dando por resultado la desaparicion de la esclavitud, es la prenda de honor del siglo XIX [1]!

Sí, la esclavitud está abolida, y ya no renacerá nunca donde una vez ha sido abolida. No se hallará ningun hombre bastante fuerte en América para encorvar de nuevo al negro manumitido bajo el hierro y el látigo, como lo hizo el primer cónsul Bonaparte en las Antillas. Bueno es insistir, volver sin descanso sobre esto; porque si nadie, en Francia al ménos, quiere ser tenido hoy entre los apolojistas de la servidumbre de los negros, no hace mucho tiempo que hombres llamados á tener asiento entonces y despues entre los elejidos de la nacion, defendian abiertamente y mediante salario la esclavitud colonial.

na justicia á los ensayos análogos que manifestaron el celo y la consagracion de los sudistas por los intereses materiales, morales y relijiosos de sus ejércitos.

1 M. Eujenio Pelletan, *Moniteur* del 16 de abril de 1865.

De este bien realizado ménos aún hay que felicitar á los negros que á los blancos, sometidos por la posesion de los negros á las mas vergonzosas pasiones y á los mas vergonzosos sofismas de que la humanidad pueda estar inficionada. A estos sobre todo es á quienes á su pesar se les ha rendido el mas señalado y oportuno servicio. Pero es aún al jénero humano y á la cristiandad toda á quien es preciso felicitar.

Gracias sean pues dadas al Todo Poderoso de que una jóven y grande nacion, una nacion cristiana, haya podido estirpar de su seno esa monstruosa institucion que sostituye el rebaño á la familia. Bajo qué peso de culpables preocupaciones, de mentiras interesadas, de casuística inmoral no debe estar abrumado un corazon humano, para no palpitar de alegria al solo pensamiento de una revolucion tan saludable, para no comprender, bendecir y repetir el *Aleluya* de todas esas almas libertadas!

"Si la esclavitud no es un mal, decia Lincoln, nada es un mal." Y por otra parte, qué alma cristiana podría desconocer en ese gran drama el brazo de un Dios vengador, y al lado de esta venganza divina, el imperio y la victoria de la oracion! Porque esos esclavos han orado. Ellos no son idólatras ó salvajes: son cristianos. Han orado y Dios los ha escuchado.

"Hay un lugar," decia Burke, el mas grande de los modernos, hablando á los pares de Inglaterra de las víctimas de la tiranía de los vasallos de la Compañía de las Indias, "hay un lugar donde manos inocentes y laboriosas encadenadas y encallecidas por la servidumbre estan provistas de una fuerza irresistible. Cuando se levantan para implorar al cielo contra sus opresores, no hay ciudadela que no puedan arrancar de sus cimientos; no hay venganza que esas manos todopoderosas no puedan ha-

cer descender sobre nuestras cabezas. Señores, pensadlo bien [1]."

Sí; como lo dijo el inmortal Lincoln en su lenguaje simple y sensato, en medio de las serenatas é iluminaciones que acompañaron la promulgacion de ese acto: "La patria americana acaba de dar un hermoso espectáculo al mundo." Sí, tenia razon, ningun espectáculo podia ser mas hermoso. A los ojos del porvenir, este será, con la abolicion del tráfico impuesta al mundo por la Inglaterra, la principal conquista de la civilizacion contemporánea, su título de redencion y de eterno honor.

Habrá pues desaparecido para siempre ese código infame y ese réjimen social que, separando toda exajeracion como toda declamacion, y teniendo en cuenta escepciones felices como atrocidades escepcionales, reducia á cuatro millones de seres humanos á vivir privados de todo matrimonio regular, del derecho de comparecer ante la justicia; que erijía para ellos la instruccion en crímen; que los asimilaba á animales mas ó menos bien tratados, segun su valor; que condenaba á las mujeres á la promiscuidad, á los esposos, los padres y los hijos á separaciones despedazadoras; que los esponia á todos, en toda edad y de todo sexo, á castigos cuya ignominia no era superada sinó por la crueldad!

Remito á la obra notable de M. Cochin sobre la *Abolicion de la esclavitud*, á todos los que sintieren la necesidad de refutar los lugares comunes de los apolojistas de la servidumbre, sobre la pretendida felicidad de los negros, sobre la pretendida virtud de los negreros ó de los blancos entregados á las terribles tentaciones de la

1 Acusacion contra Warzen Hastings en la cámara de los pares, 5° dia, 17 de febrero de 1788.

omnipotencia, sobre la pretendida imposibilidad del trabajo libre en ciertas rejiones, sobre la pretendida imposibilidad de producir azúcar y algodon sin la esclavitud, sobre los pretendidos desastres que debian seguirse por todas partes á la emancipacion.

Yo no quiero detenerme un instante mas que en uno solo de los puntos que á veces perturban á los buenos espíritus, sobre la supuesta inferioridad de la raza negra. Sin duda que ella no está destinada á tomar el primer puesto entre las razas humanas; pero todo cuanto pasa en América muestra que los negros libertos son perfectamente capaces de practicar los deberes de la vida social, como así mismo de hacerse servidores libres y activos del público y del Estado. Desde luego han mostrado que eran capaces de combatir, pero de combatir con conocimiento de causa y por la que era de ellos.

Fué en vano que el Sud ensayase armar sus esclavos y conducirlos al combate como al trabajo forzado.

"Toda mi vida he oido," decía recientemente el presidente Lincoln con aquella bondad irónica que caracterizaba á menudo sus discursos, "he oido muchos argumen-"tos destinados á probar que los negros son hechos para "la servidumbre; pero si consienten en combatir por que "sus amos los mantengan en la esclavitud, ese será el "mejor argumento de todos los que haya oído jamas. "El que combata por eso merecerá de seguro permane-"cer siempre esclavo. Por mi parte, creo que todo hom-"bre tiene el derecho de ser libre; sin embargo, permiti-"ria de buena gana á los negros que quisieran ser escla-"vos que siguieran siéndolo; iria aun hasta permitir á los "blancos que alaban y envidian la condicion de los escla-"vos que se hagan esclavos."

Pero ese ensayo de que así se burlaba Lincoln, no tuvo éxito en ninguna parte, miéntras que el Norte for-

mó con negros manumitidos escelentes rejimientos perfectamente disciplinados y tan intrépidos como los rejimientos negros al servicio de la Inglaterra ó los compañeros del heróico Toussaint Louverture[1].

El partido de la emancipacion jamas produjo argumento mas irrefutable ni de mas decisivo resultado. Se puede tener la seguridad de que esos brazos que han manejado el sable y la bayoneta bajo la bandera de la libertad no volveran nunca mas á indignas trabas, y esos soldados improvisados han revelado con su ejemplo á la raza de la cual salen el secreto de su fuerza al mismo tiempo que el de su derecho.

Para principiar esta grande obra, hoy tan maravillosamente realizada, la Providencia se ha servido de instrumentos en apariencia tan oscuros como insignificantes. No olvidamos ciertamente á los grandes escritores y á los grandes oradores que han encendido en provecho de la emancipacion de los negros la llama de su elocuencia, ni á Canning, cuya noble memoria recibe un nuevo brillo del triunfo de la causa que tambien ha servido; ni al jeneroso é infatigable Sumner, maltratado en pleno senado por un cólega brutal, con aplausos entusiastas de todo el Sud, y que se halla hoy recompensado de sus la-

1 El *Daily News* del 24 de marzo de 1864 publicó una relacion muy curiosa del efecto producido por el primer rejimiento negro que se mostró en las calles de Nueva York. Habia sido levantado por un club de esa ciudad, *The Union league Club*. En el momento de partir para el teatro de la guerra recibió sus banderas de manos de una reunion de señoras pertenecientes á la mejor sociedad de Nueva York. "Cuando apareció en Broadway con la música al frente y las banderas desplegadas, el entusiasmo llegó á su colmo; las negras y las mulatas lloraban; millares de brazos negros ajitaban pañuelos blancos sobre toda la línea que la vista podia alcanzar: "Que pensais de esto?" oí decir á un hombre de color á su vecino, quien contestó: "Me gusta, me gusta, y doy gracias á Dios por haber vivido hasta poder ser testigo de esto."

bores, de sus pruebas y de sus nobles cicatrices[1]; ni á Teodoro Parker que celebraba el matrimonio de dos esclavos fujitivos, dando por regalo de nupcias al marido una biblia y una espada. "Hé aquí, decía, para enseñaros á servir á Dios con vuestra mujer, y hé aquí para defenderla contra todo hombre que reivindicare el derecho de someterla á su lujuria y á su látigo."

Pero lo que sobre todo nos conmueve, es el pensar que el movimiento irresistible que triunfa hoy en América de tantos obstáculos y de tantas tempestades ha sido sobre todo la obra de una novelista y de un ahorcado. La novela la *Cabaña del tio Tom*, que todos han leído entre nosotros y que casi todo el mundo ha admirado; pero nadie presumia que de ahí saliese una revolucion triunfante y lejítima. El suplicio pasó mucho mas desapercibido que la novela. Muy pocos fueron los que se interesaron en aquel viejo John Brown, tan odiosamente calumniado, que acabó una carrera aventurera, pero honrada, espiando en la horca el crímen de haber querido, provocando á un puñado de negros á la insurreccion, mostrar al mundo el horror de la servidumbre americana. Los que lo inmolaron el 2 de diciembre de 1859, creyeron entónces que todo habia concluido. Era precisamente lo contrario; todo iba á empezar.

Lo que habia concluído era solamente la escandalosa impunidad de su dominacion homicida.

Pero me detienen. Oigo de aquí los murmullos y las interrupciones de toda esa turba harto numerosa, turba ignorante y seducida que se aleja repitiendo con una incredulidad incalificable, que en la lucha del Norte y el Sud, nunca se trató de esclavitud, que la guerra no

1 Sabido es que en el Sud fué abierta una suscricion para ofrecer a autor de ese grosero ultraje un látigo ó garrote de honor, con esta inscricion *Hit him again!* lo que puede traducirse: Volvedá ezarm

fué producida mas que por cuestiones de tarifa ó de independencia local, provincial y municipal!

Fuerza es compadecer la ignorancia del vulgo que de buena fé repite esas puerilidades; pero nunca sería bastante reprobada la hipocresía de los que conociendo los hechos se atreven á negar ante la Europa que el mantenimiento de la esclavitud haya sido el primero, y á decir verdad, el único móvil de la insurreccion.

Yo les diria: pretendeis que no hay cuestion de esclavitud; pues yo afirmo que solo se trata de esto, y creo que bastaria diez minutos ante una asamblea de jueces imparciales para demostrarlo sin réplica.

¿Es verdad, sí ó nó, que habiendo la crianza del ganado humano reemplazado con ventaja el tráfico prohibido por la Inglaterra, el número de los esclavos en los Estados del Sud habia cuadruplicado de 1787 á 1860, y se habia elevado de 700,000 á cerca de 4,000,000 [1]?

¿Es verdad, sí ó nó, que el Sud muy léjos de trabajar en la emancipacion gradual de esa multitud creciente de esclavos, no cesó de estrechar las mallas de la red de la servidumbre, agravándola con un código penal que ha sido con justicia definido uno de los monumentos mas terribles de maldad premeditada de que el mundo haya sido jamas testigo?

¿Es verdad, sí ó nó, que particularmente las leyes dadas por la Jeorjia en 1829, por la Alabama y la Luisiana en 1860, por la Carolina en 1839, por la Virjinia 1849[2] castigaban con la pena de azotes á las jentes de color, de prision y multa á los blancos, por el delito de haber dado una enseñanza cualquiera á los negros libres como á los

1 Cifra exacta de los dos censos: 1787; 687,897—1860, 3,953,751

2 Fué en virtud de esta ley que despues de 1850 una jóven señora blanca fué condenada á prision por haber enseñado el alfabeto á unos esclavos.

negros esclavos, á fin de que el negro mismo libertado en cuanto al cuerpo, quedase para siempre sojuzgado por el alma?

¿Es verdad, sí ó nó, que no satisfecho con mantener lo que llamaba *institucion* de la esclavitud, el Sud se dedicó á propagarla por todos los medios; que la conquista y la usurpacion de Téjas en 1835, las violencias cometidas en el Kansas, en California y en todos los demas territorios nuevamente anexados, fueron obra esclusiva de los filibusteros esclavócratas, embriagados por la vision de un vasto imperio fundado en la esclavitud y que se estenderia, segun la espresion de uno de sus oradores, desde la tumba de Washington hasta el palacio de Montezuma?

¿Es verdad, sí ó nó, que la ruptura, *esclusivamente* preparada por las exijencias siempre crecientes del Sud respecto de la persecucion de los esclavos fujitivos, *esclusivamente* provocada por la agresion del Sud habiendo al fin estallado, no fué justificada en los manifiestos oficiales de los Estados confederados sinó por consideraciones *esclusivamente* sacadas del peligro que corria segun ellos el mantenimiento de la esclavitud?

¿Es verdad, sí ó nó, que la hostilidad del Norte contra la esclavitud sea el *único* agravio invocado en el manifiesto de la Carolina del Sud de 20 de diciembre de 1860[1], en el de Alabama del 11 de enero de 1861, en el de Tejas de 1° de febrero de 1861, en el de la Virjinia de 17 de abril de 1861, y sin que haya habido en todos esos documentos una palabra, una sola palabra de las discusiones sobre la tarifa ó de alguna otra cuestion industrial ó política?

1 Se lee en ese manifiesto que la Carolina tomará las armas por que no ha sido eljido para presidente de los Estados Unidos un hombre cuyas opiniones y designios son contrarios á la esclavitud, y porque se ha predicado en los Estados del Norte contra la esclavitud como contra un pecado.

¿Es verdad, sí ó nó, que en el debate supremo que precedió á la ruptura, en las actas de la comision llamada de los *Treinta y Tres*, que estuvo reunida desde el 11 de diciembre de 1860 hasta el 14 de enero de 1861, no hay una palabra, una sola palabra, sobre tarifas ó sobre impuestos y que todo rueda únicamente sobre el mantenimiento y las garantias de la esclavitud?

¿Es verdad, sí ó nó, que en el *ultimatum* presentado por Jefferson Davis, en nombre de los Estados del Sud, pide formalmente que la propiedad del hombre por el hombre, [*property in slaves*], sea asimilada en todala estension de los Estados Unidos, á toda otra propiedad y declarada inviolable?

¿Es verdad, sí ó nó, que en la nueva constitucion que se dieron los Estados confederados, despues de haber consumado su separacion, hubo tres cláusulas espresas y solemnes destinadas á sancionar y á perpetuar la esclavitud?

¿Es verdad, sí ó nó, que la insurrecion haya seguido exactamente la frontera de la esclavitud; que su intensidad haya sido tan exactamente proporcionada á la intensidad de la esclavitud misma; que, por ejemplo, en Virjinia, en el principal y mas célebre de los Estados confederados, toda la parte del Estado donde la riqueza territorial se funda en haciendas de negros (*The slave breeding part*), haya tomado las armas, miéntras que la parte donde la propiedad se esplota por el trabajo libre (*the free labour part*) no ha tomado parte alguna en la guerra?

¿Es verdad, sí ó nó, que desde el principio de la guerra y despues de sus primeras victorias, el lenguaje público y oficialmente empleado por los oradores y escritores del Sud, proclamó mas que nunca la necesidad absoluta y la lejitimidad eterna de la esclavitud? Que cien ministros de diferentes sectas, reunidos en conferencia en la

capital de la nueva Confederacion, Richmond, declararon "que la abolicion de la esclavitud era una usurpacion cometida en detrimento de los planes de Dios?" Que el *Richmond Enquirer*, el *Moniteur* de la Confederacion, del 25 de Mayo de 1863, imprimió estas palabras:

"A los tres términos de la divisa republicana, á la liber "tad, á la igualdad, á la fraternidad, entendemos espre- "samente sostituir la esclavitud, la subordinacion y el "gobierno. Hay razas nacidas para servir, como hay "razas nacidas para gobernar. Nuestra Confederacion "es un misionero enviado de Dios para restablecer estas verdades en las naciones?"

Que otro diario virjiniano, *The Southside Democrat*, se espresa en estos términos que recuerdan un lenguaje que nósotros hemos oído harto á menudo de este lado del Atlántico desde 1848.

"Detestamos todo lo que lleva el epíteto de *libre*, "comprendidos en él hasta los negros libres; detestamos 'el trabajo libre, la sociedad libre, el pensamiento libre, "el libre arbitrio, las escuelas libres?"

En fin, es verdad,sí ó nó, que el vice-presidente de la nueva Confederacion, Stephens, en un discurso de 21 de marzo de 1861 en Savannah, esplicó como sigue el objeto y el espíritu de esa Confederacion:

"Nuestra constitucion ha reglado para siempre la institucion particular *que ha sido la causa inmediata* de la "*ruptura* y *de la revolucion*. Ella ha declarado que la "esclavitud africana, tal cual existe entre nosotros, es el "estado propio del negro en nuestra civilizacion. Nues- 'tro gobierno está fundado en la gran verdad moral y "física que el negro no es igual al blanco, y que la "esclavitud es su estado natural. Nuestra Confedera- "cion se constituye así sobre una base estrictamente "conforme á las leyes de la naturaleza y á los decretos

"de la Providencia. Conformando el gobierno y todo "lo demas á la sabiduria eterna de las leyes del Criador, "es como mejor se sirve á la humanidad. Por eso es "que de la piedra que asentaron nuestros primeros ar- "quitectos, hemos hecho la piedra angular de nuestro "nuevo edificio."

Estas asquerosas blasfemias han sido oídas por Dios; rejistradas en el libro de su justicia; y no han tardado en recibir un castigo bien merecido.

Es de notarse la identidad casi absoluta del lenguaje oficial de este segundo personaje de la insurreccion con el del miserable asesino de Lincoln, cuyo crímen estoy á mil leguas de querer imputar á los confederados, pero que no por eso dejó de enarbolar su bandera, sus principios y su fraseolojía.

En la carta de noviembre de 1864, en la cual anuncia el proyecto de arriesgar su vida para atentar contra la persona del jefe de los abolicionistas, escribe estas palabras:

"Yo miro la esclavitud de los negros como una de las mas grandes bendiciones, para ellos y para nosotros, que Dios haya jamas acordado á una nacion protejida por su gracia."

Se ve pues que los esclavócratas trasatlánticos han dejado á sus partidarios en Europa el cuidado de encubrir su causa, representándola como estraña al mantenimiento de la esclavitud. Ellos han desdeñado esa candidez ó esa hipocresía; han mostrado el fondo de su corazon y dicho la verdad con cínica elocuencia.

Se insiste acerca de que las jentes del Norte atestiguan desden en toda circunstancia á los negros libres que residen entre ellas, y se cita en apoyo de esta objecion, anécdotas mas ó ménos sérias. Tengámoslas por verdade-

ras á todas. ¿Qué resultará de eso? Que en una parte de la poblacion del Norte las costumbres no están á la altura de las leyes, y que el Norte tambien ha tenido algo que espiar. Solo el tiempo puede traer cambios deseables en ese órden, y el tiempo mismo producirá definitivamente una fusion completa entre dos razas tan distintas. Los negrófilos dirán probablemente siempre como cierto frances amigo de los negros: "Los queremos bien como hermanos, pero nó como cuñados."

Entretanto las leyes del Norte garanten á los negros todos los derechos, todas las libertades civiles y políticas de que gozan los blancos; y para mantener esas leyes ó mas bien para modificarlas en el interes de los negros, para arrancar algunos pobres negros fujitivos de las garras de sus amos, fué que el Norte corrió los azares de una guerra terrible que le puso á dos dedos de su pérdida.

Por otra parte, si los negros son tan maltratados, tan desgaciados en el Norte, ¿cómo es que nunca se ha oido hablar de un solo negro que quisiera dejar el Norte por el Sud; miéntras que diariamente se veia huir negros del Sud hácia el Norte, y que para contenerlos y volverlos al llamado paraiso de los negros, fué menester dictar las leyes odiosas contra los fujitivos, que produjeron con la guerra civil la ruina providencial de la *institucion particular*?

Todo puede resumirse por lo demas en dos simples interrogaciones. Si en la guerra que acaba de terminar, el Sud hubiera salido victorioso, ¿puede suponerse que la esclavitud hubiese sido abolida por los vencedores?

No, los mas audaces no se atreverán á sostenerlo. Pero es el Norte quien ha vencido, y ese vencedor ¿no ha decretado la abolicion y no esta resuelto á mantenerla?

Si. Eso basta para cortar la cuestion á los ojos de los hombres de buena fé.[1]

Lo que es necesario admitir es que al principio de la guerra la abolicion no estaba en el programa del Norte. La emancipacion inmediata y absoluta no fué resuelta sino despues que la marcha de los sucesos y sobre todo la imprudente jactancia del Sud, embriagado con sus primeras victorias, hicieron visibles á todos que el mantenimiento de la esclavitud era el orijen del mal político y social cuya intensidad habia revelado la guerra civil.

Ahora bien, aquí es donde es preciso admirar la accion directa, misteriosa é imprevista de la Providencia. Ella hizo llegar la guerra civil á un resultado en el cual nadie pensaba al comenzarla; ella se ha servido de la mano misma de los culpables para provocar y necesitar el castigo que merecian.

Sí, aquí es donde es preciso adorar el dedo de Dios!

¿Cómo desconocerle en ese prodijioso concurso de circunstancias, en que todo revela una direccion de los negocios humanos superior á todos los cálculos y á todas las voluntades de los hombres?

Si los del Sud hubiesen usado de moderacion ó de prudencia, la esclavitud estaria todavia en pié, y quizas hubiera durado aun por siglos. Nunca el Norte pretendió

1 Inútil me parece insistir sobre las medidas tomadas desde el principio de la guerra, por el presidente Lincoln y los Estados del Norte para abolir la lejislacion contra los esclavos fujitivos, para establecer gradualmente la emancipacion en los Estados y territorios sucesivamente ocupados por los ejércitos del Norte ó nuevamente organizados. El interes de esos detalles desaparece delante de estos dos hechos: en derecho, la abolicion pura y simple, total é irrevocable de la esclavitud en toda la estension de los Estados Unidos; en el hecho, la incorporacion de 150,000 negros, la mayor parte antiguos esclavos, en los ejércitos de la la república.

imponer la emancipacion inmediata, ni aun gradual, al Sud. Muy léjos de eso, el Norte habia hecho al Sud concesiones escesivas, aun culpables, votando, aplicando las leyes sobre estradicion de fujitivos.

Bien sabido es que no fué el Norte quien empezó la guerra; sabido es que no la ha sostenido sinó defendiéndose. Con escepcion de Brown, los mas ardientes entre los abolicionistas del Norte nunca emplearon ó invocaron otras armas que la persuasion, la predicacion, la propaganda pacífica, moral é intelectual. Los del Sud por el contrario siempre apelaron á la fuerza, á la violencia, á la guerra. Aun ántes de la guerra, por todas partes y siempre tomaron la iniciativa de la violencia.

Repitámoslo: solo les ha faltado una dósis bien débil de moderacion para dar una duracion indefinida á su crímen. No lo han querido así. Todo lo llevaron siempre por la violencia. Cuando el compromiso del Misouri en 1820, hubo trazado en el suelo de la gran república una línea de demarcacion entre la servidumbre y la libertad, garantiendo al mediodia de esa línea la pacífica posesion de esa vergonzosa propiedad, eso no les bastó.

En 1850, exijieron y obtuvieron la ley atroz que autorizaba la caza de esclavos fujitivos, hasta en los Estadós libres; todavia no les bastó esto. Fuéles menester conseguir ademas en 1859, en el famoso proceso de Dred Scott, una resolucion de la corte suprema que reconoció á todo propietario de esclavos el derecho de trasportarlos, en toda la estension del territorio de la república.[1]

1 Dred Scott era un esclavo que llevado por su amo al Estado libre de Illinois, reclamó su libertad en nombre de la ley de ese Estado que prohibia la esclavitud en su territorio. Declarado libre por la corte local, fué en apelacion restituido á su amo, con su mujer y sus hijos, por resolu-

Al ganar ese famoso proceso, perdieron, merced de Dios, el de la esclavitud. Cegados por su egoismo avaro, ellos mismos se arrojaron en el abismo; á fuerza de exijencias y de violencias acabaron por forzar á sus demasiado dóciles, á sus demasiado complacientes conciudadanos á hacerles frente y á anonadarlos.

Ellos notoriamente prepararon, descaradamente anunciaron y espontáneamente declararon la guerra civil de que fueron víctimas. Desde 1856, cuando la eleccion disputada entre Fremont y Buchanan, anunciaban públicamente que si el abolicionista Fremont era elejido, la Union no duraria una hora despues de su inauguracion.

Durante los cuatro años de la presidencia de su candidato Buchanan, sostituyeron la conspiracion á la provocacion: dueños del gobierno, teniendo por ministro de la guerra de los Estados Unidos al mismo Jefferson Davis que despues fué el presidente de la Confederacion insurrecta, todo lo habian preparado para asegurar una ventaja desleal en la lucha futura, confiando el mando de las fortalezas y arsenales de la república á oficiales esclavócratas. De ahí sus primeros triunfos, que tan singularmente sedujeron y engañaron la opinion europea.

El 6 de noviembre de 1860 la delegacion de los electores encargados de nombrar un nuevo presidente de la república, anuncia que por la primera vez un *republicano*, ó en otros términos, un abolicionista seria jefe del poder ejecutivo. Un mes despues, el 20 de diciembre, antes de un acto ó una palabra cualquiera del nuevo poder, la Carolina del Sud levantó el estandarte de la sepa-

cion de la corte suprema, dada bajo la presidencia del jefe de justicia Taney, resolucion que declaró que los africanos no tenian ningun derecho civil ni legal. Se ha observado que el Illinois, que fué el teatro de aquela iniquidad, es precisamente el Estado de donde salió Lincoln, el destructor de la esclavitud.

racion, que doce Estados mas enarbolaron en seguida..

Durante los cuatro meses que pasaron antes de la instalacion de Lincoln, los Estados del Sud se constituyeron en convencion, luego en confederacion separada, armaron las milicias locales, se echaron sobre las cajas públicas, sobre los fondos federales, organizaron cómodamente la revuelta.

"Oh! mis conciudadanos," deciales el almirable Lincoln en su primer mensaje de 4 de Marzo de 1861, "vosotros los que estais descontentos, en vuestras manos está "y nó en las mias la suerte de la guerra civil! El go-"bierno no os atacará. No habrá conflicto sinó siendo "nosotros los agresores. Vosotros no teneis un juramen-"to rejistrado en el cielo que os obligue á no destruiros, "miéntras que yo he prestado el juramento mas solemne "de conservar, de protejer, de defender la Union."

A este tocante, á este jeneroso llamamiento, los hombres del Sud respondieron dando la señal de la guerra impia en la cual, por un juicio de Dios, han encontrado la ruina de su causa deshonrada.

La lejislatura americana no esperó el fin de la guerra para decretar la abolicion del crímen. A proposicion del presidente Lincoln y con la mayoria requerida para cambiar la constitucion de los Estados Unidos, introdujo en esa constitucion una enmienda estableciendo que toda servidumbre voluntaria ó involuntaria cesará de existir en los Essados Unidos.

Lincoln y el congreso llaman así la bendicion del cielo sobre la bandera de la Union: y Dios responde á ese llamamiento, á esa vuelta á las leyes eternas. La guerra que se arrastraba hacia cuatro años en alternativas dolorosas é inciertas cambia de pronto de carácter. Un soplo nuevo, un soplo divino, inflama á los jenerales y soldados del Norte. La marcha de sus ejércitos se hace irresistible. La fortuna de los combates, caprichosa

hasta entonces, no cesa de sonreir á ese gran pueblo libre que acaba de decretar la libertad irrevocable de cuatro millones de esclavos. La estratejia, hasta entonces superior, de los jefes sudistas, se vuelve impotente. El círculo de hierro formado por las fuerzas del Norte se estrecha y se cierra al fin completamente en derredor del foco de la rebelion. Esta rebelion, ántes tan altanera y tan fuerte, vacila desconcertada. Todo se turba y confunde en torno de ella. Al fin amanece el dia de la justicia: la catástrofe estalla, Richmond es tomado; el Sud es anonadado. Dios ratifica el derecho del congreso por la victoria, una victoria tan completa como imprevista, una victoria irrevocable.

¡Oh Providencia! jenerosa, luminosa é injeniosa Providencia! Un rejimiento de negros es el que entra primero en la capital de los insurrectos, en ese Richmond, tanto tiempo intomable. Aquellos negros despreciados, emancipados por la victoria, marchan á la cabeza del ejército libertador, y son saludados con aclamaciones por sus hermanos, negros esclavos á quienes ellos van á libertar y á colocar á su nivel. ¿Van acaso á vengar las injurias seculares de su raza y de los suyos? ¿Van á saciar á costa de los blancos y de las blancas el resentimiento de los crímenes é infamias inseparables de la esclavitud, que sus padres y sus hermanos, sus madres y sus hermanas sufrieron por tan largo tiempo?

No, no: para colmo de felicidad y honor, aquellos esclavos de ayer penetran en la capital de los esclavócratas, se apoderan de ella, y ni una sombra de esceso, ni una sombra de represalia vá á empañar su victoria! Jamas el sol alumbró un espectáculo mas grande y mas consolador.

IV.

Despues de todo lo que precede, ¿será necesario refutar por mas tiempo la pretension manifestada por los apolojistas del Sud de ver en sus clientes á los representantes del derecho federal, de la causa de los pequeños Estados, y aun de la centralizacion misma que empieza á hallar favor en el seno de la democracia europea? Por mi parte declaro que si esta pretension fuese fundada, si como lo dijo un dia el ministro de negocios estranjeros de Inglaterra, lord Russell, con su imprudencia proverbial, si fuese cierto que el Sud combatia por la *independencia* y el Norte por la *dominacion*, el Sud no tendria partidario mas decidido, mas simpático que yo.

Estoy convencido de que los amigos y defensores de la libertad deben favorecer por todas partes en el mundo, la causa de los pequeños Estados, tan reciente y tan noblemente defendida por el señor Thiers en el cuerpo lejislativo. La verdadera grandeza de un pueblo se mide, no por la estension de su territorio y la cifra de su poblacion, sinó por su libertad y su moralidad. Ahora bien, la historia demuestra desgraciadamente que con la única escepcion de la Inglaterra, la libertad de los pueblos decrece y perece en razon directa de su territorio y de su poblacion. La intelijencia y la moral pública si-

guen la misma proporcion. Deseo y espero que los Estados Unidos den como la Inglaterra un nuevo desmentido á ese cruel resultado de la enseñanza del pasado, y muestren que la libertad puede coexistir con la grandeza material.

Pero, á riesgo de hacer jemir á los americanos con quienes simpatizo mas, confieso que recelo por ellos los peligros de la contralizacion, de la unidad y de la indivisibilidad, que son las bases naturales del despotismo monárquico ó militar. Reservando toda cuestion de derecho y sin aprobar ninguna rebelion, veria pues, no tan solo sin espanto y sin dolor, sinó con confianza y satisfaccion, la division de la estension de la república actual en muchos Estados, de estension igual, pero igualmente libres, igualmente republicanos, igualmente cristianos.

La libertad americana, dividida así en muchos focos de pensamiento y de accion, tendria otras garantias de duracion y no por eso ejerceria menos en el resto del mundo, una influencia tan fecunda y saludable como la de los inmortales pueblos de la Grecia antígua ó de las repúblicas cristianas y municipales de la edad media.

Pero hay algo que habla mas alto en todo corazon honrado que las esperiencias del historiador, que las desconfianzas ó preferencias del político; es la justicia, es la humanidad.

¿Fué por ventura por defender la justicia y la humanida que los Estados del Sud rompieron el vínculo federal que los incorporaba á la gran República americana? nó, por cierto; fué para hollar la una y la otra. A falta del derecho jeneral, del derecho natural, ¿tenian al ménos un derecho, ó un pretesto legal para insurreccionarse? Nó, mil veces nó.

La constitucion primitiva de las colonias insurreccionadas, de noviembre de 1777, garantia la soberania

absoluta de cada Estado nuevo, y se limitaba á establecer una federacion de repúblicas independientes. Pero la constitucion vijente, la hecha en 1789 por Washington y por hombres que "osaron restrinjir la libertad porque estaban seguros de no quererla destruir [1]," sostituyó á esa coleccion de soberanias, absolutamente independientes, un pueblo, único y solo, no centralizado y uniforme como el nuestro, sinó compuesto de diversos Estados, todos obligados, tanto dentro como fuera, á la obediencia estricta respecto de ciertas obligaciones fijadas por el pacto fundamental.

Nunca se previó ni se admitió por nadie que ese pacto pudiera ser roto á voluntad de una sola de las partes contratantes. Ningun pueblo, ningun Estado, ninguna comunidad subsistiria si cada uno de sus miembros pudiera separarse con quererlo y sin provocacion del cuerpo social. Admitiendo en toda su peligrosa estension el derecho moderno, tal cual ha sido proclamado por una y otra parte, en el reciente debate sobre la cuestion romana, por M. Thiers como por M. Rouher; es decir, el derecho de ser bien gobernado, y, si no, el derecho de cambiar el gobierno; hay con todo que probar que ha existido el mal gobierno, que ha oprimido, y oprimido al punto de hacer la ruptura del vínculo social mas necesaria y mas lejítima que su conservacion.

De cierto, la separacion puede ser lejítima, como la insurreccion, pero en ciertos casos estremos y raros. ¿Se ha presentado un caso semejante para los Estados del Sud? La evidencia, la conciencia universal responden: Nó, mil veces nó. Les es imposible á ellos ó á sus apolojistas, producir una prueba cualquiera, una sola, del mas lijero ataque hecho á su independencia.

1 Tocqueville.

¿Dónde están sus agravios, sus dolores, sus padecimientos? Se les puede desafiar á que citen un derecho violado, un bien despojado, una libertad ahogada ó tan solo disminuida. Si, ¿cuál? ¿La relijion acaso? nó! La prensa? nó! La asociacion? no! La eleccion? nó! La educacion? nó! La popiedad? nó, ni aun la propiedad del hombre por el hombre, hasta que en tres años de revuelta y de guerra civil obligaron en cierto modo á las autoridades lejítimas y soberanas de la república á decretar su abolicion.

Nada, absolutamente nada, en la historia de las relaciones del Norte con el Sud, se parece ni con mucho á esas medidas violentas y opresivas contra la libertad de la fé, de la oracion y de la enseñanza que forzaron á los siete cantores de Suiza hace veinte años, á formar el *Sonderbund*, tan injusta, tan cobarde, tan miserablemente aniquilado en 1847. Nada, absolutamente nada les ha dado ni la sombra de un pretesto para trozar el vínculo federal y negarse no solamente á obedecer en ciertos casos estremos á los poderes legalmente constituidos, sinó aun á reconocerlos.

Se ha tenido mil veces razon para decir que es preciso guardarse bien de asimilar los Estados que componen la Union á nuestros departamentos actuales ó aun á nuestras antígnas provincias. Cada uno de esos Estados tiene y debe tener un poder ejecutivo y dos cámaras electivas, una majistratura, tribunales, códigos suyos, una policía, una administracion de hacienda suyas, finalmente una constitucion particular, votada y sancionada por el pueblo de cada Estado. Hé ahí lo que constituye el verdadero fondo de la libertad americana. Todas esas bases fundamentales, han sido respetadas en todos los Estados del Sud, hasta qus hubo estallado la guerra.

Es imposible, absolutamente imposible negarlo.

Los Estados del Norte no han hecho ni pretendido ha-

cer el menor ataque á la independencia lejislativa de los Estados del Sud, *ni aun en lo que se refiere á la esclavitud*, hasta que la guerra fué declarada por el Sud.

Pero, fuera de esa soberanía local y por asi decir personal de cada Estado, hay segun la constitucion de los Estados-Unidos, una soberania jeneral personificada en el presidente de los Estados-Unidos, en el Senado y la Cámara de Representantes que residen en Washington. Los hombres del Norte han ejercido esa soberania jeneral en detrimento de los intereses del Sud? No: y esto por una razon muy simple; porque hasta 1861, los presidentes de los Estados-Unidos y la mayoria de las dos cámaras pertenecieron siempre al Sud. Cuando en 1861 la mayoria pasó al Norte, ¿usó ó abusó de ella contra el Sud? No, una vez mas; y si lo hubiera querido no hubiera podido hacerlo, puesto que el Sud lo previno empezando la guerra antes que el Norte hubiera tenido el poder.

Resumamos todavia en dos palabras el verdadero estado de esta cuestion tan singularmente ignorada y mal apreciada. Los hombres del Sud queriendo á *toda costa* no solamente mantener sinó propagar la esclavitud, habian logrado con el concurso de sus amigos los demócratas del Norte asegurarse hacía mas de treinta años la mayoria en la lejislatura federal y la eleccion del presidente de la Republica.

El dia en que *por la primera vez*, por las vias mas legales y regulares, por el movimiento puramente moral de la opinion, la mayoria elejida de los representantes del pueblo y de los electores del presidente se les escapó, ese dia rompieron el pacto federal y levantaron el estandarte de la revuelta.

Se insurreccionaron, porque no se sintieron ya señores y no se sintieron ya señores, porque previeron que talvez las autoridades nacidas de las nuevas elecciones mo-

dificarian no la propiedad de los esclavos en los Estados que los poseían, sinó las leyes que autorizaban la caza de esclavos fujitivos *en los Estados libres.* Mientras tuvieron con la complicidad de los demócratas del Norte, la mayoria en el Congreso y presidentes de sus ideas, hallaron que la Union era inatacable.

Cuando la ola de la opinion volvióse contra ellos, cuando comprendieron que el Norte podria no consentir ya en continuar siendo cómplice é instrumento de la esclavitud; cuando por primera vez vieron pasar la mayoria legal al lado de los republicanos ó de los abolicionistas entónces, pero solamente entónces, declararon la Union imposible y tomaron las armas para destrozarla. Absolutamente lo mismo que si los socialistas franceses hubieran desenvainado la espada en 1848, despues de la eleccion del príncipe Luis Bonaparte á la presidencia, ó en 1849, despues de las elecciones de la asamblea lejislativa. Es precisamente lo que querian hacer los que estuvieron en el Conservatorio de Artes y Oficios el 13 de junio de 1849. Sabido es lo que la Francia y el mundo habrian pensado de esa empresa, cuyos autores fueron las primeras víctimas y no han sido compadecidos por nadie.

Mandemos pues el argumento sacado de ese pretendido celo del Sud contra tal despotismo unitario de la centralizacion, mandémosle á unirse al argumento que pretende hacer de la esclavitud una cuestion estraña al orijen de la guerra. Que uno y otro vayan á hundirse en esos limbos donde yacen enterrados para siempre las mentiras inútiles y los sofismas confundidos.

V.

Lo que impacienta mas en esos sofismas, es sobre todo el verlos repetidos y propagados por los ingleses, con un encarnizamiento que la victoria del Norte va sin duda á calmar, pero que no ha desfavorecido ménos á su buen sentido como á su conciencia y á su honor nacional.

Sabido es que en ninguna parte la causa del Norte ha suscitado una enemistad mas profunda, mas universal, mas sostenida. ¿Por qué rencor de soberanos desposeidos, por qué preocupacion de casta, ó qué enemistad de familia, pudieron olvidar hasta ese punto sus mas inveteradas tradiciones buenas ó malas? Los que lucharon con todas sus fuerzas contra la insurreccion colonial que trasformó sus provincias en Estados soberanos, ellos que reprimieron con una crueldad inescusable el alzamiento de la Irlanda en 1798 y con una severidad escesiva aunque lejítima la revuelta de los cipayos en 1858, ¿con qué cara han podido reprochar á sus primos de América la enerjia de los medios empleados contra los insurrectos del Sud, y el principio mismo de la guerra sostenida por los poderes constituidos de la República contra la agresion de los confederados?

Pero sobre todo, ¿cómo es que ellos, los abolicionistas

por escelencia, ellos cuya susceptibilidad sobre la cuestion del tráfico ha hecho nacer el derecho de visita y tantas otras complicaciones con nosotros y con todas las naciones marítimas; ellos que con un desinteres inandito dieron la primera señal de la emancipacion de la raza negra á costa de sus mismas Antillas; cómo se atreven á renegar su propia gloria acusando, denunciando, desacreditando los motivos que han guiado á los abolicionistas americanos?

¿Cómo no se comprenden que se esponen asi á dar la razon á los detractores tan numerosos que los han acusado de no haber emprendido la obra de emancipacion sino por cálculo, y de haber renunciado á ella asi que el cálculo resultó malo?

Ahí hay uno de esos misterios dolorosos que presenta á veces la historia de las mas grandes naciones, y ante los cuales la posteridad queda absorta como los contemporáneos. Esperemos por lo demas que solo se trate aqui de una aberracion momentánea, y recordémosles la hermosa pájina de su misma historia, tan bien escrita por uno de los americanos á quienes calumnian:

"Otras naciones, dice Canning, han adquirido una gloria inmortal por la defensa heróica de sus derechos; pero no habia ejemplo de una nacion que sin interes y rodeada de los mayores obstáculos, prohije los derechos de otro, los derechos de los que no tienen mas título que el ser tambien hombres, los derechos de los que son mas desvalidos de la raza humana.

"La Gran Bretaña, bajo el peso de una deuda sin igual, con abrumadores impuestos, ha contraido una nueva deuda de cien millones de dollars para dar la libertad, nó á ingleses, sinó á africanos degradados. Ese no fué un acto político, no fué la obra de los hombres de Estado. El parlamento no hizo mas que ejecutar la voutad del pueblo.

l

"La nacion inglesa, con un solo corazon, una sola voz, bajo una fuerte impulsion cristiana y sin distincion de rango, de sexo, de partido ó de comunion, ha decretado la libertad del esclavo.

"Yo no sé que la historia recuerde un acto mas desinteresado, mas sublime. En la sucesion de las edades, los triunfos marítimos de la Inglaterra ocuparan un lugar mas y mas estrecho en los anales de la humanidad, pero este triunfo moral llenará una pájina mas vasta y mas brillante...."

Con todo, si la causa del Norte y de la emancipacion de la América no ha encontrado mas que adversarios entre las clases influyentes de Inglaterra, en la patria de Burke y de Wilberforce, preciso es convenir que siempre ha sido abierta y enérjicamente sostenida por algunos de los oradores y hombres políticos mas conocidos, y en primera fila M. Cobden y M. Bright. Preciso es sobre todo reconocer que las poblaciones obreras del Lancashire y de los grandes centros industriales han manifestado vivas y perseverantes simpatias por los abolicionistas americanos.

Ahora bien, esas poblaciones son precisamente las que mas han tenido que sufrir de las consecuencias de la guerra, que al destrozar á los Estados Unidos, ha interrumpido la produccion algodonera. Nada mas admirable, por otra parte, que la actitud de los obreros ingleses durante toda esta crísis, tan fatal á la prosperidad de las manufacturas inglesas, y que todavia no ha terminado. El trabajo de los negros en los Estados Unidos les daba pan, produciendo la materia primera de la industria que hacia vivir. No por eso imajinaron ni pretendieron jamas, como ciertos publicistas y ciertos predicadores, que los negros estaban destinados por la Providencia á ser siempre esclavos, para que fueran los proveedores de la industria europea.

Miéntras el equilibrio no hubiese sido restablecido por la introduccion del cultivo del algodon en Ejipto, donde libertó y enriqueció á los Fellahs y en la Italia meridional, donde ha servido de una manera tan estrañamente imprevista los intereses de la unidad italiana, la crísis producida por la interrupcion del comercio entre los Estados del Sud y los puertos europeos ha sido quizas la mas cruel que haya nunca aflijido á la industria europea.

Los obreros ingleses han soportado esa crísis, que dura todavia, con la mas magnánima paciencia. Han sufrido las últimas estremidades del hambre, sin que ningun alzamiento, ningun derrocamiento, haya venido á realizar las profecias de los que habian especulado con su miseria para obtener de la Inglaterra el reconocimiento de los Estados del Sud, y la consolidacion de la esclavitud.

Han sufrido sin murmurar. Sí, sin que ningun alarde de fuerzas militares haya sido necesario para contenerlos ó intimidarlos, sin que ninguna de las libertades públicas haya sido suspendida, sin que la libertad de la prensa ó de asociacion hayan sufrido la menor restriccion, esos millares de seres que padecian hambre y que sufrian guardaron una calma y una resignacion heróicas. La inaccion forzada, la miseria y el hambre habian por todas partes reemplazado en esa vasta colmena de hilanderias inglesas, el trabajo, la comodidad, los progresos de la economia y del bienestar doméstico. La profusion de los socorros públicos é industriales prodigados por las simpatias desinteresadas de sus vecinos y de sus compatriotas[1] á esas víctimas inocentes de la guerra de América, no parecia mas que una gota de agua en el oceano de aquellas penurias.

1 Una lista de suscricion abierta en diciembre de 1862, empieza por los nombres de lord Derby con 125 mil francos, y de lord Ed. Howard con 75 mil.

Y sin embargo, no tan solo ningun motin, ninguna ajitacion pública estalló; sinó que en los numerosos *meetings* y en las publicaciones diversas que acompañaron la crísis tan cruel y tan prolongada, no se manifestó síntoma alguno de irritacion contra las clases superiores, contra el gobierno del pais.

Ilustrados por un buen sentido que muestra los progresos incontestables obtenidos por la propagacion de la instruccion primaria, desde los sangrientos motines de 1819, los obreros de aquellos distritos ingleses que constituyen el mas grande centro industrial, fácilmente comprendieron que no tenian que imputar la calamidad de que eran víctimas á la reina, ni á la aristocracia, ni al ministerio, ni á las cámaras, ni á nadie en Ingiaterra; sinó tan solamente á una gran crísis histórica cuyas consecuencias serian favorables al Evanjelio y á la humanidad.

No solamente permanecieron dóciles á los consejos de la razon y al patriotismo, en su actitud respecto de las autoridades y de las demas clases de su pais, sinó inquebrantablemente fieles en sus manifestaciones y en sus peticiones al parlamento, á sus simpatías por los Estados del Norte, que representaban á sus ojos la causa de la justicia y de la libertad. De este modo dieron ellos la mejor prueba de su aptitud para la vida pública como para el ejercicio de los derechos políticos que reclaman, que no pueden dejar de obtener, y que es menester desear para ellos, deseando tambien que la admision regular y pacífica de las masas al sufrajio electoral pueda operarse con las garantias necesarias para impedir que la intelijencia y la libertad sucumban bajo la abusiva preponderancia del número.

VI.

Resumamos y terminemos.

Nosotros pretendemos que la victoria del Norte es un acontecimiento tan feliz cuanto glorioso y querríamos haberlo probado. Pero aun cuando no lo hubiéramos conseguido, ninguno de nuestros lectores negará que ella no sea el acontecimiento mas considerable del tiempo actual, y aquel cuyas consecuencias son mas vitales para el mundo.

La federacion americana está en adelante repuesta en el primer rango de las grandes potencias del mundo. Todas las miradas de hoy en mas dirijiránse hácia ella; todos los corazones van á ser ajitados por el destino que le está reservado; todos los espíritus van á iluminarse con la luz de su porvenir; porque ese porvenir será mas ó ménos el nuestro, y su destino decidirá talvez del nuestro.

De todo cuanto ha pasado ya en América, de todo cuanto vá á pasar en adelante, resulta para nosotros graves enseñanzas, lecciones de que es indispensable tener cuenta, porque de buen ó mal grado, pertenecemos á una sociedad irrevocablemente democratizada, y las sociedades democráticas se parecen entre sí mucho mas todavia que las sociedades monárquicas ó aristocráticas. Es verdad que las diferencias son todavia grandes entre todos los

paises lo mismo que entre todas las épocas; es verdad sobre todo, gracias á Dios, que los pueblos como los individuos conservan, bajo todos los rejímenes, su libre arbitrio, y quedan responsables de su destino. Saber como es preciso usar de ese libre arbitrio, en medio de la corriente impetuosa y en apariencia irresistible de las tendencias de su tiempo—hé ahí el gran problema. Para resolverlo, es preciso, ante todo, darse cuenta de sus tendencias, ya para combatirlas, ya para seguirlas ó dirijirlas, segun las leyes de la conciencia.

En el estudio de los hechos contemporáneos, se trata pues, no de preferencias sinó de enseñanzas. No es dueño el hombre de elejir en la tierra entre las cosas que agradan y las que desagradan, sinó entre las cosas que son. No tengo que razonar aqui con los que han hecho su duelo por el pasado político del antiguo mundo, con los que todavia sueñan con una reconstruccion teocrática, monárquica ó aristocrática de la sociedad moderna. Comprendo todos los pesares por lo que se ha perdido; yo mismo participo de mas de uno; honro muchos de aquellos de que no participo; tengo,como otros,la relijion talvez tambien la supersticion del pasado, pero reservándome la facultad de distinguir el pasado del porvenir, como la muerte de la vida.

Nunca triunfaria yo de ninguna ruina, escepto de la del mal y de la mentira, que todavia no me ha sido dado contemplar. Dicho esto, pretendo no ofender á nadie y aun no decir mas que una trivialidad á fuerza de ser evidente, haciendo notar que el mundo moderno ha caido en suerte á la democracia, y que no hay que elejir mas que entre dos formas de la democracia, pero dos formas que difieren entre sí tanto como el dia y la noche; entre la democracia disciplinada, *autoritaria*, mas ó menos encarnada en un solo hombre omnipotente, y la democracia liberal, donde todos los poderes son con-

tenidos y fiscalizados por la publicidad ilimitada y por la libertad individual; en otros términos, entre la democracia cesárea y la democracia americana.

Bien se querria no tomar ni la una ni la otra; se querria mejor otra cosa. Sea asi; esto se comprende.

Les délicats sont malheureux!

Pero esta no es una razon para que se vuelvan ciegos é impotentes. Una vez mas: preciso es escojer; y no se puede escojer sinó entre esos dos términos. Todo lo demas no es sinó ilusiones de utopista ó lamentos de arqueólogos, ilusiones ó lamentos infinitamente respetables talvez, pero completamente estériles.

Bien sabido es que mi eleccion está hecha, y la supongo hecha igualmente por aquellos á quienes querria hablar aqui. A ellos pues, es á quienes muestro con felicidad y altivez la lucha que acaba de pasar la América y la victoria que acaba de alcanzar (si esta victoria permanece pura), como una prenda de confianza y de esperanza. La guerra civil podia hacer de la democracia americana una democracia cesárea y militar. Pues bien: lo contrario es lo que sucede. Ella permanece una democracia liberal y cristiana. Este es el primer hecho grande que en los anales de la democracia moderna, tranquiliza y consuela sin reserva, el primero capaz de inspirar confianza en su porvenir, confianza limitada, humilde y modesta, cual conviene que lo sea toda confianza humana, pero confianza intrépida y sincera, como puede y debe serlo la de los corazones libres y de las conciencias honradas.

La América acaba de mostrar por la primera vez, desde el principio del mundo, que la libertad puede coexistir en una democracia con la guerra y á mas con la grandeza casi desmesurada de un pais. Esta existencia simultánea queda siempre llena de peligros y de escollos;

pero en fin, ella es posible, es real; pasa providencialmente de la rejion de los problemas á la de los hechos.

La democracia americana tiene creencias y costumbres, creencias cristianas, costumbres viriles y puras: es en esto muy superior á la mayor parte de las sociedades europeas. Ella profesa y practica el respeto de la fé relijiosa y el de la mujer. Pero sobre todo, practica y conserva la libertad á un grado que nacion ninguna, escepto la Inglaterra, ha podido alcanzar todavia: la libertad sin restriccion y sin inconsecuencia; toda la libertad, es decir la libertad doméstica no ménos que la libertad política; la libertad relijiosa al lado de la libertad civil, la libertad de testar con la libertad de la prensa, la libertad de asociacion y de enseñanza con la libertad de la tribuna.

A pesar de la rudeza de sus arranques, á pesar de cierto desperdicio de sentido moral que parece manifestarse en ella despues de la muerte de Washington, ella desprecia ó ignora las trabas odiosas ó ridículas, las restricciones rencorosas y recelosas que asocian á su estraño liberalismo nuestros demócratas franceses.

Ademas, ella se aproxima mas que ninguna otra sociedad contemporánea, al objeto que se debe proponer toda sociedad humana: ofrece y asegura á todos los miembros de la comunidad una activa participacion en los frutos y beneficios de la union social.

El nuevo presidente Johnson ha enarbolado francamente en su primera alocucion, la doctrina fundamental de los paises libres y cristianos: "Creo que el gobierno "ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el "gobierno." En otros términos: la sociedad es hecha para el hombre, y no el hombre para la sociedad ó para el Estado. De este modo ha establecido él la distincion soberana que separa la libertad del poder absoluto, el de-

recho cristiano del derecho pagano, del derecho romano, del derecho de esclavitud.

Ciertamente, ni la miseria, ni la inmoralidad son desconocidas en la gran república. El veneno de la esclavitud de que ha estado por demasiado largo tiempo inficionada, la espuma que le lleva la emigracion europea, los peligros y dolencias propios de toda democracia, agravados por la rudeza salvaje de ciertos hábitos sociales, todo esto la conmueve y amenaza, pero no la impide dar al órden público y á la propiedad una seguridad, si no completa y acabada, al ménos suficiente, y cuyas vacilaciones superficiales son mil veces preferibles á la paz enervante y corruptora del despotismo.

Ciertamente tambien, no se conocerá nunca en los Estados-Unidos ni en los paises que se encaminan en la misma senda, la vida dulce y molicie de los pueblos de Oriente ó de la Europa meridional en el siglo diez y ocho. Habrá penalidades, bullicio, fatigas y peligros para todos y cada uno. Esa accion y esa censura de todo el mundo sobre todo el mundo, que constituyen la verdadera vida y la única disciplica eficaz de los pueblos libres, entrañan mil zozobras y á veces mil peligros.

"Los dioses, dice Montesquieu, por boca de Sylla, los dioses que dieron á la mayor parte de los hombres una cobarde ambicion, han asignado á la libertad casi tantas desgracias como á la servidumbre. Pero sea cual deba ser el precio de esa noble libertad, preciso es pagarla á los dioses."

La América nos enseña cómo se sana de esa *cobarde ambicion*, sin renegar ninguno de los principios, ninguna de las conquistas de la civilizacion cristiana.

Lo que mas nos lastima é inquieta, á nosotros los europeos que estudiamos la América con el deseo de leer en ella el secreto de nuestro porvenir, es el sistema ó mas bien el instinto popular que separa del poder y á

menudo hasta de la vida pública, á los hombres mas eminentes por el talento, por el carácter, ó por los servicios prestados.

Seguramente que es un gran mal ese ostracismo legal y gradual de que los Estados-Unidos han hecho una especie de habitud. Pero oigo decir que ese resultado no es absolutamente desconocido en ciertos paises que nada tienen de comun con la libertad americana, y donde esas víctimas del ostracismo no tienen ni el recurso de los cambios periódicos y constitucionales, ménos aun las armas ofensivas y defensivas que garante á todo ciudadano de los Estados-Unidos la libertad ilimitada de todos. Hasta bajo la antigua realeza, no nos habia señalado Saint Simon "el gusto de rebajarlo todo", y "las dulzuras especiales de la oscuridad y de la nada," á los ojos del Maestro?

Y despues de todo, ¿habrá que desesperar del mundo, porque ese fenómeno del rebajamiento ó aun de la esclusion de las clases opulentas ó elevadas se produzca por todas partes [escepto en Inglaterra], ya como en otro tiempo, ya, y en nuestros dias sobre todo, sin que haya reproches graves que hacerles. Esto es triste, es penoso, es injusto; pero es demasiado jeneral para no ser una ley histórica; y los resultados de esa ley nueva, no estan siempre ó por todas partes desprovistos de grandeza.

La América asombra al mundo colocando á la cabeza de una nacion de treinta millones de habitantes, á hombres salidos de las últimas filas de la sociedad, confiando á hombres oscuros é inesperimentados, ejércitos de un millon de soldados que, terminada la guerra, vuelven á sus hogares sin que nadie vea en ellos un peligro para la libertad ó un recurso contra ella. Un hombre que ha sido primero leñador, despues cavador, despues barquero, despues abogado llega á ser presidente de los Esta-

dos-Unidos y dirije en esa calidad una guerra mas formidable y sobre todo mas lejítima que todas las guerras de Napoleon. Un atentado horrible le hace desaparecer, y en el acto un antiguo aprendiz de sastre le reemplaza, sin que la sombra de un desórden ó de una protesta turbe el duelo nacional.

Esto es raro y es nuevo; ¿pero qué hay en eso de desgraciado ó de espantoso? por mi parte veo ahí una trasformacion histórica y social, tan notable y ménos tempestuosa que la que sostituyó en todo el Occidente los Clovis y los Alaricos á los viles prefectos del imperio romano.

Esos obreros hechos jefes de un gran pueblo, me repugnan cien veces ménos que los Césares con sus libertos y favoritos. Veo con una admiracion conmovida, que esos proletarios metamorfoseados en patentados, no se embriagan en manera alguna con su elevacion. Continúan sobrios, agradables y sensatos. Nada hay en ellos que trascienda á los tiranos populares de otros tiempos, ni á esos pretendidos enviados de la Providencia, que comienzan por la violacion de las leyes como César, y terminan por la demencia como Alejandro y Napoleon.[1]

¡Qué descanso y qué consuelo da el sentirse en presencia de hombres de bien, sencillos y verídicos, cuyo poder contenido y fiscalizado, aunque inmenso, no desvanece la cabeza y no pervierte el corazon!

¿Dónde buscar la verdadera grandeza, si no es en esas almas plebeyas que disciplinadas por la responsabilidad y purificadas por la adversidad, nos parecen crecer con

1 Quiérase recordar que M. Thiers, nuestro historiador *ilustre y nacional*, ha demostrado al fin de su gran obra, la locura que el ejercicio de la omnipotencia habia sostituido en el espíritu de Napoleon á la sabiduria de sus primeros año.

su situacion y trasportar la política hasta la altura de la vida moral?

Por sombrío y triste que pueda parecer su porvenir y aun cuando hubiera de perecer mañana en su triunfo, la América no por eso habrá dejado de legar á los amigos de la libertad un inmortal estímulo. Por numerosos y amargos que sean nuestros propios desencantos, por lejítimas que sean nuestras aprensiones, ella nos ha dado márjen á creer y esperar, durante siglos todavia, en lo ideal que arrastraba en el último siglo á nuestros padres bajo sus banderas, ideal de que hicieron ellos el único programa de 1789, y que puede solo servir de vínculo entre los hijos de los vencedores y los hijos de las víctimas de la revolucion francesa.

Hé ahí por qué razon no he temido decir que en la hora actual el pueblo americano, salido victorioso y puro de tan terrible prueba, tomaria un lugar entre los primeros pueblos del mundo.—Lo que no quiere decir, sin embargo, que sea irreprochable. No lo ha sido en lo pasado, y nada anuncia que no haya de serlo en lo futuro. Al lado de todas las virtudes y de todas las grandezas de la raza anglo-sajona, no escasean en él los escesos y los groseros defectos, el egoismo cínico y cruel, los instintos feroces.

Héle aquí en el momento en que esos vicios y esos defectos van á invadirlo y amenazarlo mas que nunca. La ceguedad del orgullo satisfecho, la prepotencia de la fuerza triunfante van á esponerle á esos abusos del poder, á esas depravaciones de la victoria, de que son las democracias tan susceptibles como las dictaduras. Hay todavia mucho que espiar; porque durante el intérvalo que ha separado la guerra de emancipacion de la guerra civil, la política esterior de los Estados Unidos se ha semejado mucho á la política esterior de los romanos ó de los ingleses: ella ha sido egoista, inícua, violenta, aun brutal, y caracterizada por una ausencia absoluta de escrúpulos.

Méjico de un lado, del otro las razas indijenas é independientes, han aprendido á conocer todas las consecuencias crueles de la preponderancia de una raza ansiosa de ganancias y nacida para la conquista.

Héla aquí llegada á la hora decisiva de su vida interior. Trátase de mostrar si el pueblo americano, como el pueblo romano del tiempo de Publícola y de Cincinato, posee el espíritu de conciliacion que hace durar las repúblicas, ó si,como los contemporáneos de los Gracos, van á abrir la puerta á las proscripciones y á las dictaduras.

Quiera Dios que en las primeras alegrias de la victoria, la mayoria republicana se muestre tan jenerosa como ha sido resuelta, segun la bella espresion de Lincoln, en sus negociaciones con el Sud en enero último. No plazca á Dios que se recurra, despues del triunfo, á las represalias de que ha habido que abstenerse durante el furor del combate, y que harian inescusables la pronta sumision y la dispersion completa de los ejércitos vencidos. El espíritu de venganza infiltraría en las venas de la gran nacion un veneno mortal y mas inestirpable que el de la esclavitud anonadada. Represiones póstumas, confiscaciones, proscripciones á la manera moscovita contra los vencidos y los prisioneros; atentados contra las libertades locales ó contra la independencia soberana de los Estados, escitarian la indignacion universal y volverian las simpatias de todos los liberales de la Europa contra los émulos trasatlánticos de Mourawieff. Sostituir la centralizacion á la libertad, so pretesto de garantir esta, seria condenar la América á no ser mas que una miserable y servil falsificacion de la Europa, en lugar de ser nuestro guía y nuestro precursor en la buena senda.

Por lo demas, á pesar de odiosas violencias de lenguaje, á pesar de otros síntomas alarmantes, puede todavia esperarse que nada sucederá. Los americanos recordarán, como lo ha dicho su defensor Burke, que la grande-

za de alma es la mas sabia de las políticas, y que las almas pequeñas no van á un gran imperio. La reconciliacion puede y debe obrarse sin humillacion, y por consiguiente sin dificultad como sin tardanza entre los partidos á quienes no separa ninguna antipatía nacional ó relijiosa, de lengua ó de creencia. Los trabajos y beneficios de la paz, el inmenso movimiento industrial, comercial y agrícola, que la guerra misma no ha podido amortiguar [1], sellarán de nuevo la union entre el Norte y el Sud.

Pero los belijerantes reconciliados, ¿no dirijirán hácia fuera su ardor de hoy en adelante estéril? El espíritu militar, tan rápida y tan prodijiosamente desarrollado, ¿se dejaría reducir y contener en límites necesarios? De esos ejércitos disueltos ¿no saldrán bandas de aventureros y de filibusteros, terror y azote de los vecinos? Terribles cuestiones cuya solucion pacífica deseamos ardientemente; porque nuestros votos ardientes por la gloria y la prosperidad de los Estados Unidos se concilian con los que todo amigo del bien debe formar por la consolidacion de la nueva confederacion anglo-americana, donde nuestros hermanos del Canadá, hermanos de raza y de relijion, pueden desempeñar un papel tan útil y tan preponderante.

Por otra parte nuestras solicitudes y aprensiones se concentran mucho mas en el estado interior de la gran república que en sus relaciones con el esterior; mucho mas aun en los peligros propios de los antiguos elementos que la constituyen que en las consecuencias inmediatas de la lucha que acaba de terminar.

Pueda ella no olvidar nunca que el oríjen de sus bellas

1 Calcúlanse los productos de toda especie cosechados en los Estados del Norte en 1863, en 995 millones de dollars, y los del año 1864, el mas crítico de la guerra, en 1,504 millones de dollars.

instituciones, de su incomparable libertad, de su invencible enerjia, remonta á las libertades tradicionales y á la civilizacion cristiana, á la sombra de las cuates habian crecido las colonias insurrectas en 1773.[1]

Pueda ella aprender el secreto difícil de preservar á los individuos, como á los poderes públicos, de ese sometimiento á la omnipotencia de las mayorias que acostumbra tan naturalmente á los corazones sufrir el poder absoluto de uno solo. Deseemosle aquella susceptiblidad de la conciencia, aquella delicadeza, aquella castidad del honor, que falta casi siempre á las sociedades democráticas, aun cuando ellas saben permanecer libres. Deseemosle que escape ó mas bien que resista á uno de sus mayores peligros, al desprecio de las ideas, de los estudios, de los goces intelectuales que enjendra el sopor ó el sueño del espíritu en medio de la ajitacion bulliciosa y monotona de la política local y personal. Deseemosle que renuncie tarde ó temprano á ese amor de la mediocridad, á ese aborrecimiento de las superioridades naturales y lejítimas, consecuencia natural de la igualdad, que trasporta al seno de los comicios de la democracia el espíritu de las cortes y de las antesalas y reproduce en ella harto á menudo uno de los caracteres mas envilecedores del despotismo perfeccionado y popularizado por la civilizacion moderna.

Deseemos que en ella el sufrajio universal, de mas en mas investido de todas las funciones electivas, no condene á las clases ilustradas y superiores á ese desánimo, á esa apatía política que acaba por escluirlas de hecho, si no de derecho, de la vida pública.

Pero sobre todo que nada lleve jamas á los americanos

1 Esto lo ha demostrado perfectamente M. E. Laboulaye, ese campeon fiel de todas las libertades, en el tomo primero de su bella *Historia de los Estados Unidos.*

á debilitar el principio federativo que constituye hasta aquí su grandeza y su libertad, preservándolos de todos los escollos en que la democracia se ha estrellado en Europa. Limitar el gobierno central á las funciones estrictamente necesarias, respetando escrupulosamente las libertades locales de los diferentes Estados, tal es el primer deber y sobre todo el primer interes de los hombres de Estado americanos. Seguramente al otro dia de una rebelion injustificable y de una guerra terrible, emprendida en nombre de una interpretacion abusiva é inmoral del principio federativo, del derecho federativo, la tentacion de minorar y de limitar ese principio, de tender á velas desplegadas hácia la unidad centralizadora, será grande en muchos, pero solamente resistiendo á esa tentacion y conservando una inquebrantable fidelidad á la tradicion nacional, liberal y federal del pais, la América permanecerá digna de su gloria y de su destino.[1]

1 El siguiente pasaje de un discurso dirijido por el nuevo presidente de los Estados-Unidos, M. Johnson, al gobernador de Indiana, indica bien que ninguna intencion semejante se ha manifestado.

"Respecto á la idea de destruir á los Estados, mis opiniones han sido bien conocidas hasta aqui, y no veo ninguna razon para cambiar ahora. Algunos hombres querian ver á los Estados rebeldes reducidos á la condicion de territorios y á perder su autonomia administrativa, pero el soplo de vida está solamente suspendido en ellos, y es para nosotros un deber constitucional el garantir á cada uno una forma republicana de gobierno. Un Estado puede hacer parte de la union con sus instituciones particulares, y, por efecto de la rebelion, puede perder ese rasgo característico: pero era un Estado cuando se amotinó, y cuando renuncia á la revuelta despues de haber perdido su institucion, todavia es un Estado

"Considero como un deber sagrado para nosotros, en uno de esos Estados donde las armas rebeldes fueron batidas y dispersas, por pequeño que sea el número de los unionistas en ese Estado, toda vez que sean suficientes para dirijir los negocios, es un deber sagrado para nosotros, digo, el garantirle una forma republicana de gobieno.... Pero debo añadir que si soy opuesto á la disolucion, á la descomposicion del todo, no soy ménos opuesto á la centralizacion ó á la concentracion del poder en manos de un pequeño número."

Lo que nos tranquiliza principalmente contra los peligros que amenazan á la república ó con que ella podria amenazar al mundo, es el carácter del pueblo americano La nacion que ha sabido atravesar tan terribles pruebas sin darse un señor, sin pensar siquiera en eso, ha recibido evidentemente del cielo una constitucion moral, un temperamento político distinto del de esas razas turbulentas y serviles que no saben asegurarse contra sus propios estravíos sinó precipitándose de la revolucion á la servidumbre, y que no tienen refujio y distraccion contra la vergüenza y el hastío de su servidumbre doméstica sinó en las aventuras de fuera.

Lo que da la mejor prenda de ese temperamento nacional, es el personaje verdaderamente único que aquella nacion, en la plena posesion de su libre arbitrio y de sus simpatias naturales, se dió dos veces consecutivamente por jefe.

Todo ha sido dicho sobre Abrahan Lincoln. Él nos ha ofrecido en pleno siglo diez y nueve un nuevo ejemplo, que no es ni una cópia ni una falsificacion del jenio reposado y honesto de que emanó Washington. Su gloria no será eclipsada en la historia, ni aun por la de Washington. Él honra á la humanidad no ménos que al pais cuyos destinos dirijia y cuya pacificacion preparaba con una moderacion tan intelijente.

Pero nos importa, á nosotros sobre todo, oscuros abogados de la libertad de que ha sido glorioso y victorioso campeon, el grabar en nuestras almas y sellar en nuestro camino esa pura y noble memoria, para estimularnos, para consolarnos y empeñarnos mas y mas en la via laboriosa en que hemos entrado voluntariamente. Nos importa hacer notar lo que el estudio de esa carrera tan corta pero tan resplandeciente, pone sobre todo en evidencia, á saber: aquella union de la rectitud y la bondad, pe la sagacidad y la sencillez,de la modestia y el valor,que

hacen de él un tipo tan atrayente y tan raro, un tipo que no ha sobrepasado ni igualado ningun príncipe, ningun hombre público de nuestro siglo. Ese leñador hecho abogado, luego colocado á la cabeza de uno de los mas grandes pueblos del mundo, desplegó todas las virtudes del hombre honrado al lado de todas las cualidades del hombre político. No se estravió su cabeza ni su lengua. Desde su acceso al puesto supremo, nadie pudo citar de él una sola palabra de amenaza ó de bravata, una sola espresion vindicativa ó escesiva. Ningun soberano hereditario ó electivo habló un lenguaje mas elocuente y mas digno, ninguno mostró mas calma y placidez, mas perseverancia y magnanimidad.

"Unámonos" escribia el 20 de febrero último, al gobernador del Misouri, para indicarle los medios de pacificar ese Estado recientemente sometido y aun cruelmente ajitado: "busquémonos para encarar el porvenir, sin ninguna zozobra sobre lo que hemos podido hacer, decir ó pensar sobre la guerra actual ó sobre cualquier otro asunto. Comprometámonos unos y otros á no abrumar á nadie y á hacer causa comun contra quien quiera que persista en inquietar á su prójimo. Entonces la vieja amistad renacerá en nuestros corazones; luego el honor y la caridad cristiana vendrán en nuestro auxilio."

¡El honor y la caridad cristiana! No es esto lo que mas y por todas partes falta á los actos y á las palabras de la política? ¿Qué hay de mas tocante que el ver á ese "rajador de leña," á ese obrero del Illinois recordar las inspiraciones y las condiciones vitales, en primer lugar á su propio pueblo; en seguida, gracias al prestijio de que le ha coronado su muerte, al mundo entero que recoje ávidamente sus menores palabras para aumentar el tesoro harto pobre de las lecciones morales que legan á la posteridad los pastores de los hombres.

Recojamos á nuestro turno y busquemos sobre todo en esas palabras lo que lleva el carácter de aquella fé cristiana de que estaba penetrado, y que confiesan tan sencilla y tan naturalmente todos los hombres públicos de América. Oradores y jenerales, escritores y diplomáticos, y agreguemos pronto nortistas y sudistas sin distincion, el pensamiento de Dios está siempre presente en todos: la necesidad de tomarle por testigo, el deber de rendirle un homenaje público los inspira siempre. Nada demuestra mejor, en contraposicion de nuestros revolucionarios europeos, que el desarrollo mas enérjico y la mas ilimitada de las ideas, de las instituciones y de las libertades modernas, absolutamente nada tienen de incompatible con la profesion pública del cristianismo, con la proclamacion solemne de la verdad evanjélica.

Oigamos su adios á sus vecinos y amigos, al salir de su modesta casita de Springfield, para ser por primera vez presidente de los Estados-Unidos:

"Nadie puede comprender la tristeza que siento en el momento de esta despedida. A este pueblo es á quien debo todo cuanto soy. He vivido aqui mas de un cuarto de siglo; aqui han nacido mis hijos, aqui yace enterrado uno de ellos. No sé si os volveré á ver. Me ha sido impuesto un deber, mas grande quizas que el que fué impuesto á ningun ciudadano desde los dias de Washington.—Washington no hubiera nunca llegado á buen término sin el concurso de la Providencia en la que tuvo fé siempre. Siento que no podré alcanzar buen éxito sin el mismo auxilio, y yo tambien espero de Dios mi apoyo."

Oigámosle en el discurso de instalacion de su primera presidencia, el 4 de marzo de 1861.

"La intelijencia, el patriotismo, el cristianismo y una firme confianza en aquel que nunca abandonó á su tier-

ra favorita pueden todavia bastar para arreglar buenamente nuestras dificultades actuales."

Despues de corridos cuatro años, y cuatro años de una guerra cruel, que él habia hecho todo lo posible por evitar, elejido por la segunda vez, oigámosle pronunciar el 4 de marzo de 1865, las maravillosas palabras que siempre seran admiradas y repetidas.

"....Ninguno de los partidos preveia el tamaño y duracion que ya ha alcanzado la lucha....Todos esperaban un triunfo mas fácil, pero nó un resultado tan fundamental y tan maravilloso. Los dos partidos leen la Biblia y elevan oraciones al mismo Dios. Los dos le invocan todavia el uno contra el otro. Puede parecer estraño que un hombre se atreva á pedir el auxilio de un Dios justo, á la vez que arrebata su pan á los sudores de otro hombre esclavo; pero no juzguemos si no queremos ser juzgados. La oracion de ninguno de los dos partidos debia ser completamente oida, porque el Todopoderoso tiene sus miras conocidas de él.—"Ay del mundo, por el escándalo, porque preciso es que haya escándalo; pero ay! del hombre que lo causa!"—Si suponemos que la esclavitud es uno de esos escándalos que, segun la Providencia de Dios, deben necesariamente sobrevenir, pero que Dios hará cesar despues de llegados los tiempos; si suponemos que nos inflije, tanto al Norte como al Sud, esta guerra terrible como el castigo de los que han cometido escándalo, ¿qué hay en eso de contrario á los atributos divinos que reconocen los que creen en un Dios vivo? Nosotros esperamos ardientemente y pedimos con fervor que este azote terrible de la guerra se aleje de nuestras cabezas.

"Pero si la voluntad de Dios es que continúe castigándonos hasta que cada gota de sangre arrancada por el látigo sea pagada con una gota de sangre derramada por el sable, no por eso debemos dejar de sustentar lo que ha

sido sustentado hace tres mil años,—"que los juicios del Señor son verdadera y enteramente justos." Sin ódio hácia ninguna persona, con caridad para todos, con una firme perseverancia en la justicia [en tanto que nos sea permitido por Dios descubrir dónde está la justicia], luchemos siempre y trabajemos en acabar la obra que hemos emprendido; curemos las heridas de la nacion; pensemos en los que han sufrido el fuego de la batalla cuidemos sus viudas y huérfanos; sepamos sobre todo mantener cuanto pueda establecer una paz justa y durable entre nosotros y con las demas naciones."

Oigamos las últimas palabras públicas que pronunciara tres dias antes de su muerte, el 11 de abril, en un discurso sobre la Luisiana:

"Nos hallamos reunidos esta noche en el dolor, pero en la alegria de nuestro corazon. La evacuacion de Petersburgo y de Richmond, y la capitulacion del principal ejército de los insurrectos autorizan la esperanza de una paz justa, cuya satisfaccion no debe ser contenida. Pero en estas circunstancias, no debemos olvidar á aquel que es fuente de todas las bendicioues. Está proyectado un decreto para un dia de accion de gracias nacionales y será debidamente promulgado. No olvidemos tampoco á los que al tomar la mas ruda parte nos han proporcionado esta causa de regocijos, y que merecen honores particulares. Yo me he hallado al frente del ejército, y he tenido el placer de trasmitiros una buena parte de las felices noticias. Todo pertenece al jeneral Grant, al talento de sus oficiales, al valor de sus soldados."

Se vé pues siempre en ese grande hombre de bien la misma humildad, la misma sencillez, la misma caridad. No creo que despues de San Luis, nadie entre los príncipes y grandes de la tierra, haya hablado mejor lenguaje.

Oigamos ahora á su ministro de la guerra M. Stanton, anunciando al pueblo la noticia de la victoria:

"Amigos y conciudadanos! En este gran triunfo, mi corazon y los vuestros están penetrados de reconocimiento hácia el Dios Todo Poderoso, por la liberacion de la nacion. Nuestra gratitud es debida al presidente, al ejército y á la marina, á los bravos oficiales y soldados que han espuesto su vida en el campo de batalla y regado la tierra con su sangre. Nuestra compasion y nuestra asistencia son debidas á los heridos y á los que sufren. Nuestras humildes acciones de gracias son debidas á la Providencia divina, por su solicitud hácia nosotros. Supliquémosle que continúe dirijiéndonos en nuestros deberes como nos ha conducido á la victoria, y que nos ayude á consolidar los fundamentos de la república, cimentados como lo están en la sangre, para que la república viva por siempre. No olvidemos tampoco los millones de hombres laboriosos de paises estranjeros que en esta prueba nos han acordado sus simpatias, su auxilio y sns oraciones, á invitémoslos á regocijarse con nosotros en nuestro triunfo. Hecho esto, confiémonos para lo venidero en ese gran Dios que nos guiará como nos ha guiado hasta lo presente, en su infinita bondad."

Oigamos á su sucesor improvisado, M. Johnson, en su discurso de inauguracion:

"El trabajo y la defensa honrada de los grandes principios del gobierno libre han sido los objetos de toda mi vida. Los deberes del jefe del Estado vienen á ser los mios. Los llenaré como mejor pueda; de Dios solo depende el resultado."

Oigamos por otro lado á su rival, Jefferson Davis, el presidente de la confederacion rebelde, en su último mensaje del 13 de marzo de 1865:

"Sepamos levantarnos mas arriba de toda consideracion egoista: sepamos hacer á la patria el sacrificio de cuanto nos pertenece; sepamos sobre todo inclinarnos humildemente ante la voluntad de Dios, é invocar con

reverencia la bendicion de nuestro Padre celestial, para que, así como protejió á nuestros padres en una lucha análoga á la nuestra, se digne permitirnos defender nuestros hogares y nuestros altares, y mantener inviolables los derechos políticos que hemos heredado."

Oigamos todavia al valiente Lee, jeneral en jeje del ejército insurrecto, en su proclama del 10 de abril:

"Soldados—Llevareis con vosotros la satisfaccion del deber fielmente cumplido, y ruego sinceramente que un Dios misericordioso os acuerde su bendicion y estienda sobre vosotros su proteccion.

"Con una admiracion sin límites por vuestra constancia y vuestra dedicacion á vuestra patria, y con un recuerdo de reconocimiento por vuestra buena y jenerosa consideracion hácia mí, os envío mi adios afectuoso.

Jeneral—R. E. Lee.

Oigamos por fin al representante de los Estados Unidos en Francia, M. Bigelow, al responder al manifiesto de sus compatriotas de Paris (*Moniteur* del 11 de mayo):

"Os doy gracias por la elocuencia y la verdad con que habeis interpretado nuestro comun dolor. Pero no hay crímen que no deba considerarse como un homenaje directo á la virtud. La guerra entre los principios del bien y del mal está empeñada siempre, y si el Cordero que echó sobre sí los pecados del mundo tuvo que dar testimonio en una cruz, ¿por qué aquel que proclamó la libertad de una raza de esclavos habría estado al abrigo de la mano pérfida de un asesino? Nuestra gran vergüenza nacional podia recibir un fin mas digno de ella? ¿No es la justicia de la historia que la tumba de la esclavitud en los Estados Unidos fuera para siempre señalada con un crímen, que, por mas que se haya dicho, no ha tenido otro móvil que el interes de la esclavitud?

"Los hombres que como yo siempre han buscado la

mano de la Providencia en todas las faces de la vida de las sociedades, deben reconocer como yó que Dios nunca ha estado mas cerca de nuestro pueblo que en el momento terrible en que, humanamente hablando, parecíamos mas abandonados."

El pais cuyos representantes, cuyos jefes civiles y militares hablan semejante lenguaje en tal crísis, es un gran pais, y añado: un gran pais cristiano. No sé si la mirada de Dios bajándose sobre la tierra, descubriria en ella, en el tiempo en que vivimos, un espectáculo mas digno de él.

Todo esto, diran algunos, no pasa de ser un cristianismo vago é incompleto, un cristianismo muy próximo la deismo, como el de Washington. Esto puede ser verdad; pero, como lo dice el obispo de Orleans, nosotros estamos todavia muy lejos de eso mismo en Europa. Por vago é incompleto que sea, parece que los católicos mas escrupulosos y mas exijentes pueden todavia admirarlo y envidiarlo, puesto que el papa Pio IX no ha desdeñado contribuir para el monumento de Washington.

Si es justo aplicar á la política la regla sentada por Nuestro Señor para la vida espiritual: *A fructibus eorum cognoscestis eos*, pienso que se puede mirar sin demasiada inquietud el porvenir de los Estados-Unidos y de todos los pueblos que, colocados en las mismas condiciones, sepan marchar en la misma via. La constitucion social que produjo un Lincoln y sus semejantes es un buen árbol, un árbol escelente; algunos de cuyos frutos nada tienen que envidiar á ninguna monarquia ni á ninguna aristocracia.

Yo bien sé que hay otros frutos, mas acres y ménos sabrosos; pero estos bastan para lejitimar la confianza y la esperanza que yo siento y que querria inspirar á todos los que desean dejar, no solamente sus huesos, como

decia Lacordaire, sinó su corazon y su memoria, del lado bueno de las cosas.

Apartemos pues nuestras miradas de todo lo que en el viejo mundo nos arrastra por una pendiente harto natural al decaimiento, al abajamiento y á la apatía; y busquemos mas allá del Atlántico respirar el soplo de un porvenir mejor.

Los que como yo han encanecido en la fé, en el porvenir de la libertad y en la necesidad de su alianza con la relijion, deben sin descanso recordar las bellas palabras de Tocqueville á madama Swetchine:

"El esfuerzo fuera de sí y mas aun dentro de sí mismo es mas necesario á medida que uno envejece que en la juventud. Yo comparo al hombre en este mundo á un viajero que marcha sin cesar hácia una rejion cada vez mas fria, y que se vé obligado á moverse mas á medida que avanza. La gran enfermedad del alma es el frio; y para combatir ese mal terrible, es preciso no solamente mantener el movimiento vivo del espíritu por el trabajo, sinó tambien por el contacto de sus semejantes y de los negocios del mundo. Sobre todo en la vejez es cuando no es permitido vivir sobre lo que ya se ha adquirido, sinó que es preciso esforzarse por adquirir todavia; y en vez de reposar en ideas en las cuales se hallaria uno muy luego como dormido y hundido, poner sin cesar en contacto y en lucha las ideas que uno adopta con las que sujiere el estado de la sociedad y de las opiniones en la época á que se ha llegado."

Todo esto es verdad no solamente respecto de los hombres viejos, sinó de los viejos partidos, de las viejas opiniones y así mismo de las viejas creencias. La nuestra es la mas vieja del mundo. Es ese su augusto privilejio y tambien su gloria y su fuerza. Pero para que esa fuerza, aplicada á la vida pública y social no se rompa, no se consuma en vanas quimeras, preciso es retemplarla

sin cesar en las aguas vivas del tiempo en que Dios nos hizo nacer, en la corriente de las emociones, de las aspiraciones lejítimas de aquellos que Dios nos ha dado por hermanos.

Aprovechemos pues de que el Todo Poderoso nos ha hecho ser testigos de ese gran triunfo de la libertad, de la justicia y del Evanjelio, de esa gran derrota del mal, del egoismo, de la tiranía. Démosle gracias por haber dado á la América suficiente fuerza y virtud para sostener tan gloriosamente las promesas de su juventud. Respondamos con nuevo valor y fidelidad á la bondad divina que nos ha ahorrado la vergüenza y el dolor de ver miserablemente fracasar esa grande esperanza de la humanidad moderna.

Paris, mayo 25 de 1865.

RETURN TO the circulation desk of any
University of California Library
or to the
NORTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Bldg. 400, Richmond Field Station
University of California
Richmond, CA 94804-4698

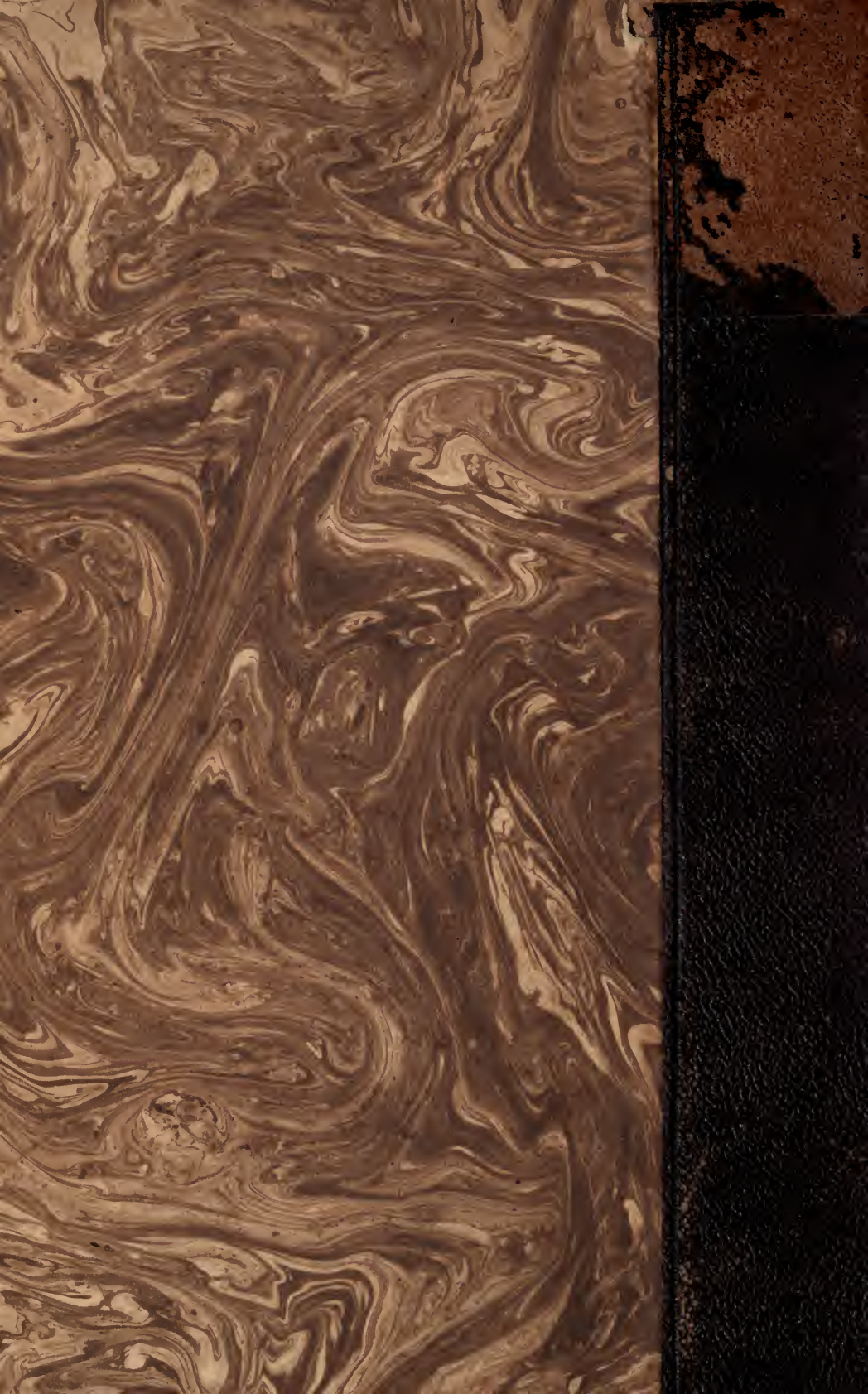
ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS

- 2-month loans may be renewed by calling (510) 642-6753
- 1-year loans may be recharged by bringing books to NRLF
- Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date.

DUE AS STAMPED BELOW

AUG 1 9 1996

12,000 (11/95)

RET
TO
LOA
HC
4
ALL
Rene
Book
APR 28 1
AL
JAN
CIRC
FORM N

U.C. BERKELEY LIBRARIES
B001162862